







Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2015, Carlos Alberto Felipe Martell

© 2015, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Maite Molina

Cubierta

Vasco Lopes

Maquetación

Noemí Bucsule

Impresión

QP Print

Revisión

Carlos Felipe Martell

Primera edición: Diciembre de 2015

Depósito Legal: B-30104 - 2015

ISBN: 978-84-16281-66-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Carlos Alberto Felipe Martell

PALÍNDROMO II

SAN SEBASTIÁN
Y CUPIDO

Nova Casa Editorial



A Inma

Parí rap

“Ajos y Soja”.

La editora, tarot ideal,

Imanaban a mí.

No sé, trato de dotar tesón,

¿Decayó?, evito: motive o yaced.

Revoco pasividad. Ojo, no joda, ¿divisa poco?; ver.

¡Ojo!

Mediocre cae, me acerco, ídem,

Oro cederé decoro

2 πsé, dos, ¿acaso desπ2?

El Arte es la armonía surgida del caos



DÍA, ID

La “e”, ni “log” ni “mod”, DOMINGO lineal 11

El alba, háblale	13
Atada ve una nueva data.....	17
Mediodía ido, ídem.....	23
Atardecer, apareced, rata	33
¡Eh! Con esa mimase noche	45

S.O.S., el LUNES aprobasen o pone sabor, pasen ULL esos..... 49

El alba, háblale	51
Atada ve una nueva data.....	57
Mediodía ido, ídem.....	75
Atardecer, apareced, rata	79
¡Eh! Con esa mimase noche	87

Ni fase tramada cada MARTES afin..... 89

El alba, háblale	91
Atada ve una nueva data.....	93
Mediodía ido, ídem.....	109
Atardecer, apareced, rata	119
¡Eh! Con esa mimase noche	125

Se lo creí mejor, no sé, me sonrojé MIÉRCOLES 133

El alba, háblale	135
Atada ve una nueva data.....	143
Mediodía ido, ídem.....	161

Atardecer, apareced, rata	169
¡Eh! Con esa mimase noche	193

Se ve ujier, oye, yo rei JUEVES..... 201

El alba, háblale	203
Atada ve una nueva data	207
Mediodía ido, ídem.....	229
Atardecer, apareced, rata	245
¡Eh! Con esa mimase noche	261

Oído sacro, llamas en "Re", Ivana, VIERNES a Mallorca sodio..... 267

El alba, háblale	269
Atada ve una nueva data	275
Mediodía ido, ídem.....	283
Atardecer, apareced, rata	301
¡Eh! Con esa mimase noche	309

O dabas ánimo gen o pone gomina SÁBADO. 325

El alba, háblale	327
Atada ve una nueva data	333
Mediodía ido, ídem.....	345
Atardecer, apareced, rata	359
¡Eh! Con esa mimase noche	371

Semana, mes 381

El alba, háblale	383
Mediodía ido, ídem.....	385
¡Eh! Con esa mimase noche	389

**La “e”, ni “log”
ni “mod”,
DOMINGO lineal**



El alba, háblale

—María de la Paz Hernández Guillén. María de la Paz Hernández Guillén. María de la Paz Hernández Guillén...

Las cinco de la madrugada y aún no había conseguido dormirse. Nunca le había pasado. Por primera vez en sus once años de existencia se estaba enfrentando a la vertiginosa ansiedad generada por el inoportuno insomnio, precisamente hoy, el día en que necesitaba estar más descansada. Pero la propia competición de windsurf tenía la culpa, pues era la responsable de su inquietud.

Al comienzo de la noche, el paisaje de la costa de El Médano, al sur de la isla, inundado por decenas de niñas compitiendo y luchando contra las olas, había machacado su mente de forma inmisericorde. Cuando Paci se dio cuenta (al cabo de un par de horas) de que no se había dormido y que era apremiante hacerlo, decidió forzar su complicada cabeza para que se concentrara en otra estampa diferente. Ella era consciente de que no le resultaría fácil, ya que su cerebro no era como el de cualquier persona. Era un cerebro problemático. Por lo menos, eso es lo que deducía de los comentarios de los médicos y de su madre.

Según la psicóloga, cuando Paci había nacido su madre tuvo un problema muy serio. Por lo que le había explicado, la niña interpretaba que no había llegado al feto el chute de oxígeno suficiente para que el parto se desarrollara con absoluta normalidad, y, como consecuencia, la mielina que recubría su cerebro se había erosionado y desgastado. ¡Vaya una psicóloga más estúpida! No fue su madre quien tuvo un problema muy serio. Fue Paci.

Paci había crecido con graves problemas físicos y psicológicos. Su sistema locomotor era medieval en comparación con el de sus amigas. María de la Paz siempre estaba cansada, tropezaba continuamente, no podía hacer los ejercicios que hacían las niñas de su edad, le faltaba fuerza en las manos y en los pies, se le caían los cubiertos y los lápices constantemente, no tenía equilibrio... Era la última en todos los deportes. Salvo en el windsurf.

El “culpable” había sido su padre, quien había trabajado, hasta hacía dos meses, en un restaurante cerca de la playa, y había sido, además, socorrista y monitor de windsurf. A pesar de sus (aparentemente) insalvables limitaciones, Paci había crecido con los pies apoyados en una tabla y agarrada a una vela. Eso sí, al principio sujeta por su padre, durante muchos años, en un admirable ejercicio de paciencia por su parte. Hasta que, un día, él consideró que ella estaba preparada para dar el paso hacia la autosuficiencia. A partir de ese instante, Paci se desplazaba entre las olas con cierta pericia (no tanta como la de otras niñas) y, cada día, marcaba en el calendario de su mesilla de noche los días que faltaban para que llegara el fin de semana. El sábado y el domingo, su padre siempre la había llevado a “coger olas”. Hasta hacía dos meses. Un infarto se lo había llevado junto a Dios Padre. Para siempre.

María de la Paz tenía un hermano de quince años, llamado Pipo, quien nunca mostró interés por los deportes acuáticos. Él no podría verla competir porque estaba en Italia, en un viaje de fin de curso, y no volvería hasta el martes.

Paci nunca fue muy lista, pero ella lo sabía y lo asumía. Su cabeza iba unos pasitos por detrás. Su caligrafía era incorregible, no tenía velocidad para escribir y tampoco era consciente de que la mayoría de las niñas de su clase se reían de ella, sobre todo cuando sacaba la lengua escandalosamente para acompañar y dirigir su bolígrafo en los difíciles trazos. La principal excepción a las burlas era su gran amiga y confidente, Juli. Tampoco Maruja, sin ser su amiga, se metía con ella. Y es que Maru es muy sabia, porque no intima con nadie de la clase. Es más madura que

todas las demás. Pero, eso sí, aunque no sea su amiga, Maruja es su ídolo. Una vez, Paci recortó una foto de Maru (del periódico local) sobre su tabla de windsurf, la llevó a clase y, ante las burlas de otras niñas, le pidió a la propia Maru que la firmara para colgarla en su habitación a modo de póster. Maru lo hizo y le dio un beso. Entonces las burlas cesaron.

Cuando Paci era más pequeña, su padre había sido monitor de Maru, una niña que apuntaba a ser toda una campeona en el deporte de la vela y que, en efecto, año tras año, ganaría todas las competiciones en las que participaba. Como a Paci le apasionaba el windsurf y admiraba, boquiabierto, las ágiles maniobras de Maru sobre las olas, sometió a sus padres, durante meses, a una machacona tortura psicológica. Todos los días se los pedía: “*Quiero ir al mismo colegio que Maru*”. Cuando los padres de Paci se enteraron de que Maruja estudiaba en un centro de Santa Cruz, no muy lejos de donde ellos vivían, accedieron a cambiar a su hija de colegio para contentarla. Al fin y al cabo, en el anterior no progresaba prácticamente nada. Tendría que estar estudiando en un colegio especial, para niños con problemas, pero sus limitaciones económicas y la falta de ayuda se lo impedían.

Las cinco y cincuenta minutos. Durante toda la noche, su vida había desfilado por su mente, incapaz de controlar su ansiedad. Esa misma tarde iba a participar, por primera vez en su vida, en un campeonato escolar-insular de windsurf. Su madre, temerosa, se había opuesto enérgicamente, pero, al final, había logrado convencerla y se saldría con la suya. *Papá me habría dado permiso*. Había nacido cansada y casi había vegetado en la monotonía, pero ahora iba a crecer. Iba a crecer en aquello que más le apasionaba. ¡Lástima que su padre no estuviese allí para verla!

La competición le exigía descanso, pero la competición le impedía descansar por los nervios que le generaba. La paradoja la torturaba, ya que no la podía controlar. De pequeña, su padre la llamaba “ovejita”. De pequeña, su madre le decía que, para quedarse dormida, contara ovejitas. Ahora, a punto de salir el sol,

a la pequeña de once años se le había ocurrido una idea para dormir: contar ovejitas, como decía su madre, pero no cualquier ovejita, sino la ovejita de su padre.

—María de la Paz Hernández Guillén. María de la Paz Hernández Guillén. María de la Paz Hernández Guillén...

Hasta que se durmió.

Palíndromo:

**La musa crecerá toneladas, nace cansada, le notaré
cerca su mal**

Atada ve una nueva data

Atada al cinturón del taxi, fue testigo del amanecer del domingo. El vuelo salía muy temprano y no quería arriesgarse a perder el avión, porque el viaje era muy importante para ella. El taxista la miraba continuamente por el retrovisor, y eso la incomodaba. Pero su cabeza estaba en otro sitio, a muchos kilómetros de allí. Abrió su cartera para comprobar si llevaba consigo su documentación y el dinero suficiente. Se topó, como siempre, con la foto de su mujer, quien la miraba fijamente desde el compartimento plastificado, recordándole que la acompañaría a cualquier parte. Pero, en este viaje, ella no pintaba nada porque era un regreso a su pasado, antes de conocerla. Estaba muy nerviosa, y sabía que se le notaba.

—¿Va todo bien, señora? —preguntó el taxista de gafas y barba, quien no dejaba de regalarle su inquietante mirada.

—Sí, claro.

La foto de su mujer era capaz, por sí sola, de reflejar el amor que esta le profesaba, porque, si bien era una imagen plana, bidimensional (y, por tanto, irreal), su profunda mirada, sin embargo, traspasaba el papel fotográfico y era capaz de envolverla a ella, equilibrando todos sus sentimientos e inquietudes. Sonrió, mucho más calmada, y cerró la cartera.

El taxi se estaba aproximando a una zona de semáforos, pero circulaba demasiado despacio. No le importaba, tenía tiempo de sobra. El color ambarino destelló justo delante del vehículo y el conductor disminuyó la aceleración para, finalmente, frenar. Hubiera podido saltárselo, le hubiera dado tiempo, pero estaba claro que su única preocupación era alargar el taxímetro todo lo

posible para expresar su contador. Todas las triquiñuelas habituales de algunos taxistas parecían acentuarse de forma enfermiza con la crisis. Se sentía amarrada por aquel cinturón de seguridad que, tras la salida del sol, le oprimía el pecho; pero no le importaba, su cabeza estaba muy lejos.

La puerta del conductor se abrió y él se apeó. Ella miró hacia delante, cubriendo con sus ojos todo el salpicadero. ¿Qué estaba ocurriendo? Oyó abrirse la puerta trasera, justo a su izquierda. Entonces vio ante ella a San Sebastián. ¿Por qué sufría tanto el mártir? ¡Sí, ya lo veía! ¡El santo no estaba solo! A su lado, sin piedad, Cupido lo estaba acribillando con sus flechas.

Palíndromo:

Y ahora se paró, hay ahora pesar o hay...

**

—Escucha, cariño. Si solo has dormido tres horas, no puedes participar en esta carrera. Es muy peligroso.

Aurora, la madre de Paci, era consciente de que su hija no se lo iba a poner fácil. A pesar de sus problemas, a pesar de sus limitaciones, la niña había heredado dos rasgos muy definidos de su padre: la pasión por la vela y la testarudez. Frente al miedo que le generaba cualquier iniciativa procedente de Paci, cualquier pretensión de superación, Aurora sabía que tenía que apoyarla y ayudarla en todo lo que estaba en su mano. Los psicólogos la habían convencido, era lo mejor para su hija. Un exceso de proteccionismo no era bueno para nadie, Paci tenía que evolucionar. Eso sí, a su ritmo, más ralentizado que el de sus amigas. Sin embargo, dejarla sola en el mar con una tabla, sometida a un sobreesfuerzo, no era, precisamente, beneficiarla.

Para empezar, por principios, Aurora estaba en contra de cualquier competición enfocada a menores de edad, y más aún

si estos no eran profesionales. Deporte sí, competición no. Esta idea quedaba más reforzada por el hecho de que su hija ocupaba un lugar muy incómodo en cualquier escala comparativa: el último. Nunca podría avanzar en los estudios como las demás, nunca pasaría del último puesto en la jodida carrera de windsurf, no llegaría a la universidad, difícilmente conseguiría un buen novio cuando se hiciese mayor... El asunto del novio era discutible, pero eso también torturaba a Aurora. Si Paci tuviera la suerte de desarrollar un buen cuerpo o un rostro atractivo, podría compensar con él su bajo coeficiente intelectual y sus problemas motrices. Podría atraer a algún chico. Pero Aurora pensaba que eso nunca sería amor, sino una morbosa y retorcida atracción física a la que, tal vez, su pequeña sucumbiría. Esa posibilidad la aterraba y disparaba sus niveles de ansiedad.

—Me lo prometiste, mami. Además, tengo que hacerlo por él, por papá.

Aunque Paci pudiese escalar algún puesto, uno solo, si no quedase la última en la competición, tampoco Aurora quería que su niña pudiese desarrollar una personalidad competitiva. Una cosa era superarse, en eso la apoyaría, pero nunca a base de compararse con los demás. Aurora siempre le había insistido en esa idea. *Intenta superarte, pero no intentes superarlos.*

—¿Por qué quieres competir? Yo te llevaré a coger olas cuando quieras. ¡Esto es una locura! ¡Puedes hacerte daño!

—A papá le gustaba competir y yo quiero dedicárselo a él.

—¿Qué le vas a dedicar?

Pues... ¡Voy a quedar entre las diez primeras!

—¿Qué? ¿Estás loca? ¿No te das cuenta de que eso que dices no es posible? Tú... Escucha, cariño, sabes que no puedes moverte con la misma destreza que...

—Maru cree que puedo conseguirlo.

—¿Maru?

—Y si no lo consigo, tampoco pasa nada. No me lo tomaré mal.

—¿Y si quedas la última?

—¡Eso no va a ocurrir, mamá! ¡Soy muy buena sobre la tabla! Sabes que Maru compite con profesionales. Ella conoce a la mayoría de las mejores niñas de los otros colegios, las mejores de Tenerife de nuestra edad. Por lo visto, hay cinco o seis muy buenas, que serán las que estén delante. Luego hay tres o cuatro que se defienden muy bien, pero son un poco peores. Y entre las veinte o treinta restantes puede pasar cualquier cosa, ella me lo dijo. ¡Y ahí estoy yo!

Aurora entró en la cocina para llorar a escondidas. Conocía bien a Maruja, y sabía que lo único que habría pretendido era animar a Paci. Pero Paci, por culpa de su mal, guionizaba una realidad paralela, sustentada en una motivación extra segregada por sus fantasías. Eso, a veces, era bueno para Paci, pero, en casos como este, la expectativa que había izado la aplastaría con contundencia, al caer, esa misma tarde.

Aurora tiene miedo, mucho más que antes. Ya no es solo la inquietud derivada de que su hija se enfrente al mar. Paci no sabe que, en estos instantes, está protagonizando una película, pero, cuando esta acabe, cuando se apague la tele, caerá en una profunda depresión.

Palíndromo:

A esa niña, drama le va; a vela, mar dañina sea

**

Como cada domingo, Irene estaba revisando su horario escolar a la vez que acomodaba, dentro de su mochila, los libros y las libretas necesarias para las clases del lunes. Normalmente era una rutina que acometía por la tarde, pero hoy la había adelantado debido a la competición de windsurf. Sonrió al observar, orgullosa, su tabla marina serigrafiada, en gris, en el anverso de

su moteada mochila amarilla y azul. Sobre el fondo amarillo, las líneas onduladas en azul, que parecían olas, habían sido decisivas para que Irene, unos meses antes, convenciese a sus padres de que le regalaran esa mochila por la festividad de Reyes. Antes de que fuese suya, ya se imaginaba entrando en el pequeño taller de serigrafías que había en un centro comercial, no muy lejos de su casa, en San Isidro. El hecho de estampar la imagen de su tabla convirtió a la mochila en un talismán.

Irene había vivido toda su vida cerca de la playa, en el sur de la isla, y su afición por los deportes acuáticos se remontaba hasta un tiempo imposible, donde sus recuerdos no llegaban, así que tenía que ser demasiado pequeña. Gracias a su talento, su disciplina y su espíritu competitivo, el dominio de la tabla de windsurf era cada vez más evidente y reconfortante. Sus padres la apoyaban (sobre todo él), y eso era fundamental para ella, porque conocía a otras niñas cuyos padres solo las dejaban disfrutar y progresar si iban bien en los estudios. Irene no era una buena estudiante, y eso no gustaba mucho a su madre, quien le insistía en la importancia de aprender. Irene le daba la razón, era importante aprender, pero, sobre todo, aquello que más te gusta. Su padre era quien más la animaba y la defendía, imponiéndose a su mujer para que Irene pudiese seguir adelante en el mar, aunque le suspendieran cuatro o cinco asignaturas.

Colocó por orden de horario todos sus bártulos. Cada libro, cada libreta, tenía una pegatina o un dibujo con motivos relacionados con las olas y los deportes acuáticos. Esa misma tarde iba a probarse a sí misma, iba a averiguar hasta dónde había avanzado en su silencioso progreso gracias a unas estrictas y excesivas jornadas diarias de entrenamiento en la playa. Su ventaja, aparte de su constancia, era vivir en la costa. Sabía que Maru era la favorita y que estaba considerada como “intocable”, fuera del alcance del resto. Nadie lo dudaba. Excepto la propia Irene. Ella era la mejor del resto, eso tampoco era discutible, pero quizá, esa tarde, podría llegar a sorprender a Maru o, como mínimo, acercarse peligrosamente a su reinado.

De nuevo sonrió al cerrar la cremallera de su mochila y observar, en el extremo de la misma, la enana tabla de surfista que colgaba como un llavero.

—Hoy seré yo la protagonista, Maru. Aunque no gane —
murmuró.

Palíndromo:

E Irene ríe

Mediodía ido, ídem

—¡Joder, Bruno! ¡No lo entiendo! Se supone que si presiono la inversa de la tecla del logaritmo, me tendría que devolver la potencia del número “e”, vale, pero cuando lo compruebo no me da lo mismo.

—¿Cómo estás haciendo la prueba? —contestó Bruno distraídamente, sin renunciar a su concentración en la resolución de una matriz inversa.

—Pues... ¿Me estás escuchando? Elevo el número “e” a “uno coma tres” y me da “tres coma siete”, pero el logaritmo de “tres coma siete” no me da “uno coma tres”, sino “cero cincuenta y seis” —se desesperó Elena.

—Ya... Espera que acabe con esto. Veamos...

Bruno resopló y se frotó los ojos para relajarlos. Llevaban preparándose la prueba de matemáticas desde media mañana, y estaba empezando a sentir hambre. Dado que estaban en casa de Elena, le pareció de mal gusto ser él quien sugiriese almorzar, así que decidió disimular la ansiedad y continuar un poco más. Al día siguiente iban a examinarse de la PAU. Con el rabillo del ojo, detectó unas tentadoras bragas de su compañera, colgando de un perchero móvil que basculaba en el borde superior de la entreabierta puerta del dormitorio. Dirigió la mirada a Elena y se centró en su generoso escote, que regalaba a la vista dos descomunales mamas de silicona presionadas por un robusto y ajustado sujetador.

En toda la mañana, Bruno no se había distraído con la voluptuosidad de su sensual amiga. Tenía cosas más importantes en la cabeza; las matemáticas. No porque tuviese dificultades con

ellas, al contrario, él dominaba esa materia como nadie. Pero, una vez que había accedido a estudiar con Elena para echarle una mano, se había dejado envolver por la pasión que le proporcionaban las Ciencias Exactas.

—¿Trabajas esta noche, Elena?

—¿Estás loco? ¡Mañana es la PAU y tengo que dormir!

—Ya... Déjame ver esa calculadora. ¡Joder, Elena! Te dije que la dejaras en modo “SD”, por si nos ponen un problema de estadística. Dale a la tecla “mod” y, luego, “SD”.

Elena le llevaba tres años a Bruno. Él era un buen estudiante, amén de un gran investigador, y nunca había suspendido ninguna asignatura. Ella, por primera vez en su vida, se estaba tomando en serio los estudios. Quería hacer una carrera y vivir de ella, aunque sabía que lo tendría difícil. Mientras, alternaba sus estudios con un atractivo y bien remunerado trabajo, en una barra americana, donde compaginaba sus obligaciones como camarera con otra actividad voluntaria: la captación de clientela para practicar sexo a cambio de dinero. Lo bueno de esta parte era que el propio trabajo le proporcionaba los clientes y, a cambio, ella no tenía que compensar a su jefe (el dueño del establecimiento) con un porcentaje de las ganancias. Elena se los llevaba a su casa, follaba con ellos y cobraba en efectivo. Y en negro. Todo para ella. El jefe era inteligente, él también ganaba, ya que los clientes de las chicas consumían en su local.

—¿Qué me dices, Bruno?

—Pues... ¡Coño, Elena! Cuando buscabas el logaritmo de “tres comanosequé”, le diste a la tecla “log”.

—¿Y...?

—La inversa de la función de “e elevado a equis” es el logaritmo neperiano. ¡La tecla que tienes que pulsar es “ln”!

Debido a su afición a las felaciones, sus compañeras de trabajo la llamaban “Elena la comerrabos”, apelativo que se había

extendido, incluso, entre la clientela del local. Elena no se consideraba una puta, ni permitía que nadie la llamara así. No por la palabra en sí, tampoco toleraba el término “prostituta”. Se definía a sí misma como “semiputa”. Para ella, el detalle era importante, porque consideraba que las putas eran unos seres desafortunados caídos en la miseria, dignos de compasión, que no tenían otra opción que no fuera la de vender su cuerpo a quien buenamente pudieran. Pero Elena no tenía esa trágica necesidad, ella follaba por dinero, sí, pero también por vicio y diversión. Era ella quien elegía a sus clientes, no se lo montaba con cualquiera.

—Creo que voy a suspender las matemáticas.

—Oye, Elena, no te olvides del plan alternativo. Creo que tenemos controlados los detalles más importantes.

—No sé si seré capaz, me pondría muy nerviosa. Si nos pillan copiando, no quiero ni pensar lo que podría suceder.

El martes por la mañana habían estado analizando in situ las aulas donde iban a realizarse las pruebas, en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de La Laguna. Allí habían tomado fotos de las diversas estancias y de la disposición exacta de los visores en las puertas para determinar cuáles eran las zonas más ocultas de cada aula. También calcularon los segundos que tardaría un profesor en ir de una zona a otra, pues se les había ocurrido contar con más compinches para generar maniobras de distracción sucesivas en el profesorado, con el fin de copiarse por turnos. Pero desecharon la idea porque involucrar a más gente era arriesgado. Por la tarde, habían contactado con antiguos alumnos de PAU para averiguar si solían haber registros, sobre todo para valorar la posibilidad de copiarse a distancia, a través de un pinganillo en la oreja. Bruno tenía el pelo corto, aunque él controlaba las pruebas. La idea final era ayudar a Elena, desde fuera, cuando él terminara y entregara su examen. Lo haría lo más rápido posible, pero Elena temblaba solo de pensar que la podrían pillar.

—¿Qué ganas tú con esto, Bruno? ¿Por qué quieres ayudarme?

—Se me estaba ocurriendo algo a cambio.

—¿Un polvo? ¿Quieres follarme gratis, cacho perro? ¿Es eso?

Antes de que pudiese responder, el móvil de Bruno se marcó una pegadiza rumba.

—¿Diga?... ¿Eva?... ¿Qué haces en la emisora un domingo?... El cabrón de don Urbano te está explotando, ¿verdad? Creo que... ¿Qué? ¡Explicáte mejor!

Elena observó cómo el rostro de Bruno evolucionaba hacia el éxtasis, por lo que dedujo que las noticias que estaba recibiendo desde su lugar de trabajo tenían que ser excelentes. Ella suponía que estarían relacionadas con ese premio que había recogido en Sevilla tres días antes. No era un premio individual, había ido a recogerlo en nombre de “La Emisora Escrita”, una incipiente y prometedora empresa de comunicación, con unas perspectivas de futuro tan arrolladoras que, igual que la crisis, nadie era capaz de imaginar qué cotas sería capaz de alcanzar. De momento, la empresa había despuntado en dos ocasiones, aunque Elena no conocía los detalles de la segunda, la más importante, la que le había valido el premio.

“La Emisora Escrita”, cuyo director y propietario era don Urbano Solá, contaba con dos vías por donde fluía la comunicación hacia su público: una escrita y otra verbal. Tanto el periódico como la emisora de radio destacaban, frente a la competencia, por la transmisión de noticias llamativas y curiosas (sin renunciar al amarillismo) y, sobre todo, por los trabajos de investigación. En estos últimos, el periódico era muy metódico y meticuloso, aparte de paciente. Solo cuando lograban atar todos los cabos se publicaban los resultados.

Bruno, a pesar de su juventud, era muy bueno investigando. Su cerebro, tal vez por estar altamente capacitado para las matemáticas, los enigmas y la química, funcionaba con una agilidad asombrosa. Un redactor de “La Emisora Escrita” lo había descubierto, casualmente, en un concurso para jóvenes talentos de los

Institutos de Enseñanza Secundaria de Canarias. Ahora, él y una compañera suya, Ana, eran las dos perlas más preciadas de don Urbano.

—¡Teníamos razón en todo, Elena! —gritó, alborozado, tras cortar la comunicación—. ¡La operación “emir cojo” ha sido un éxito rotundo! El premio... Periodísticamente ya fuimos reconocidos, pero ahora... ¡La policía los ha detenido a todos! ¡Uno a uno! Nosotros pusimos los nombres y no nos equivocamos en ninguno.

A don Urbano, al principio, le preocupaba el único aspecto descontrolado dentro de la emisora. Ana y Bruno, tal vez por la diferencia de edad entre ellos (cinco años), tal vez por la profesionalidad de Ana frente a los aparentes impulsos e intuiciones de Bruno (aunque el jefe los definía como inteligencia, porque el joven no solía equivocarse en sus análisis), discutían mucho y no parecían llevarse muy bien. Pero, con el paso de los días, se dio cuenta de que esa discrepancia era, precisamente, un arma letal de su emisora y de su periódico contra la competencia, porque hacía a los jóvenes muy competitivos, lo que revertía positivamente en el rendimiento global de la empresa.

Ana y Bruno llevaban su rivalidad hasta tal extremo que, incluso, trataban de agradar y agasajar a don Urbano para contar con su beneplácito en cualquier posible conflicto. El jefe no era tonto y no caía en la trampa, pero, aun así, los dejaba a su aire, sin inmiscuirse, por miedo a romper ese trayecto lineal, explosivo, que ambos jóvenes (quizá sin saberlo) moldeaban día a día, convirtiéndolo en el camino de rosas por el que circulaba “La Emisora Escrita”.

—¿Cómo fue lo de ese emir? Solo he oído que “La Emisora Escrita” desmanteló una red de narcotraficantes.

—¡Por Dios, Elena! ¿No has leído el artículo que publicamos el lunes? Ahí están todos los nombres y todos los detalles. Por eso nos dieron un premio, como reconocimiento al mejor trabajo periodístico de investigación en lo que va de año.

—Bueno, cielo, entiendo tu emoción, porque es tu trabajo, pero tampoco tú conocerías los detalles si oyeses decir que un cliente me la metió por detrás.

—Si estuviese escrito en un periódico, te aseguro que lo memorizaría, Elena. Sé que mi trabajo me apasiona y, a veces, me dejo llevar por la...

—No, de verdad. Cuéntame cómo ha sido.

—No fue tan difícil. Lo cierto es que llevábamos tiempo investigando a esa red. Todo el mundo sabía que existía, claro. Sobre todo la policía.

—¿Cómo lo sabían?

—Pues... Eso siempre se sabe, Elena. Una red importante, sea de tráfico de drogas o de lo que sea, cuenta con muchos tentáculos. Cuantas más ramas tenga, más visible se hará. ¿Por qué hemos descartado tú y yo buscar más apoyo para copiarnos? Esto es lo mismo. Las redes se hacen evidentes. Por definición, arriesgan. Fíjate en las bandas latinas, en las sectas, o en los pedófilos de internet. A cada instante se producen noticias sobre desmantelamientos. ¡Siempre acaban cogiéndolos!

—Entonces, por lo que deduzco, la policía hubiera acabado con esta organización, tarde o temprano. Y vosotros...

—Nos adelantamos. En eso consiste nuestro trabajo, en la anticipación. De hecho, no es tan difícil, porque, por pura lógica, somos más rápidos que la policía.

—Eso no me lo creo.

—Quizá no sea cierto del todo, te lo explicaré mejor. Ellos son más rápidos investigando, porque tienen más medios. Pero nosotros somos más rápidos presentando resultados, esa es nuestra ventaja.

—¿Por qué? —preguntó Elena, perpleja.

—Porque ellos no pueden hacerlo. Aunque tengan toda la información, incluso aunque supieran que el emir cojo no era

un emir, aunque sepan los nombres, tienen que seguir un protocolo de actuación, un seguimiento preciso, y esperar el momento oportuno para actuar. Tienen que tenerlo todo bien amarrado. Además, han de esperar la correspondiente orden judicial. Verás, Elena, la policía busca la cúspide, por eso se arma de paciencia.

—Supongo que lo difícil es identificar al cerebro de la trama.

—¡Qué va! Eso lo saben pronto. Lo difícil es incriminarlo con pruebas, porque estos individuos suelen protegerse muy bien. Aparte de eso, cuentan con los mejores abogados para defenderse o contraatacar. Pero, claro, nosotros sí podemos sugerir sus nombres. Solo sugerirlos, utilizando evidencias y pruebas circunstanciales. Nuestras pruebas tal vez no sirvan ante un juez, aunque a veces sí que son contundentes; depende de la suerte y de nuestro trabajo. Pero sí que nos dan cierta protección frente a posibles denuncias por parte de estos delincuentes hacia nosotros.

—¿No estáis jodiendo el trabajo policial? El sigilo policial conseguirá pruebas; vosotros, solo evidencias. Pero os anticipáis y alertáis a los narcotraficantes. Puede que consigáis el efecto contrario a vuestra pretensión, es decir, advertir a los malos para que logren escapar en vez de facilitar su detención.

—¿De qué hablas, Elena? ¡Esa no es nuestra pretensión, sino la de la policía! La nuestra es vender periódicos y ampliar nuestra audiencia. El mundo es una jodida selva y, en ella, el periodismo no tiene escrúpulos, nunca los ha tenido.

—¡Tú no eres periodista!

—Lo seré. Mira, Elena, a veces recibimos noticias gratificantes, como la de esa llamada que he recibido. Esta vez hemos sido decisivos, hemos ayudado a la policía. Creo que estaban dando palos de ciego y les hemos abierto los ojos —se congratuló Bruno.

—No me has contado el caso.

—Bueno, se trataba de un grupo de distribución que operaba entre Tenerife y Sevilla. La cadena es más larga, claro, empieza

en Sudamérica y finaliza en Europa, pero nos centramos en ese tramo. Resulta que el aval de toda la operación, el “emir cojo”, logró despistar a las autoridades, haciendo que estas se desviarán por un camino equivocado, donde también se movía droga pero en un ambiente de violencia. Eran ellos mismos, los principales traficantes, los que crearon esa “ruta secundaria”.

—¿Ruta secundaria? ¿Significa eso que los narcotraficantes movían pequeñas cantidades de droga por ahí para desviar la atención?

—Sí, y la violencia era el principal reclamo, porque en ese entorno se cometían muchos crímenes. Mientras, por la ruta principal, la del “emir cojo”, realizaban su auténtico negocio. Los gestores de la ruta secundaria no eran más que marionetas ignorantes, unos violentos criminales que, antes o después, acabarían en manos de un juez, pero nadie podría relacionarlos con la auténtica operación. Ni siquiera ellos mismos, claro, porque no tenían ni idea.

—¿Cómo lograsteis desenmascararlos?

—Don Urbano y Ana creen que fue un golpe de suerte, una casualidad. Pero, modestia aparte, mi olfato me llevaba siempre al emir cojo. Parecía definitivo, la droga iba por la izquierda y el emir cojo por la derecha. Me empeñé en seguir por la derecha, sin decir nada a nadie. Logré averiguar que ese emir no existía, no había ningún emir cojo, con ese nombre, en su país. Esa fue la parte más difícil de investigar.

—Ese olfato tuyo ¿a qué se debía? ¿Por qué insististe tanto?

—En un reportaje que leí en una revista definían al cojo como el “emir occidentalizado”, y eso me chocó. Pedí ayuda a un amigo que conoce muy bien el mundo árabe, porque ha vivido allí muchos años. Le enseñé las filmaciones que yo mismo había hecho del emir, a escondidas. Me aseguró que sus formas y sus costumbres no tenían nada que ver con sus orígenes. “Si no fuera un personaje famoso, aseguraría que es un impostor”, me llegó a

decir. Mi instinto me susurró que se trataba de un impostor que se había hecho famoso.

—He oído decir que solía transportar droga dentro de su pierna ortopédica —apuntó Elena.

—Sí, muchas veces lo hacía. Viajaba constantemente entre Tenerife y Sevilla con tanta inmunidad que a nadie se le ocurrió arrancarle la pierna. El jueves estuve en Sevilla recogiendo el premio. A mí me quitaron hasta los zapatos en el aeropuerto.

—¿Los han detenido a todos, Bruno?

—Sí, Eva me lo acaba de confirmar. Está en la emisora, dando la noticia por la radio. Creo que nuestras ventas de periódicos van a subir como la espuma.

—¿Seguimos con las mates o paramos para comer algo?

—¡Estoy muerto de hambre! —reconoció Bruno.

—Vale, a cambio de tu ayuda con las matemáticas te invito a una pizza congelada.

—Ya te he dicho que tengo una idea de cómo me gustaría que me pagues. Quiero hacerle un regalo a mi jefe para tenerlo comiendo de la mano.

Palíndromo:

Ojo crimen, usarás un emir cojo



Atardecer, apareced, rata

Para el evento, en la playa habían instalado una estructura constituida por piezas ensambladas de fácil montaje y desmontaje, que formaban unas largas gradas de unos veinte metros de longitud y diez pisos (filas) de altura. Podría albergar, perfectamente, a unas quinientas personas. A poco menos de media hora para el comienzo de la prueba, Aurora miró a su alrededor y comprobó que casi la mitad de los asientos estaban ocupados. A su lado estaba Juli, la mejor amiga de su hija, a quien Aurora agradecía mucho su presencia porque podría ser el consuelo perfecto para el trayecto de regreso a casa, cuando Paci tuviere que enfrentarse a su propia decepción.

María de la Paz, a pesar de sus serios problemas, solía sorprender a su madre por su gran capacidad para calibrar y ponderar. Conocía sus limitaciones, y podría decirse que tenía claro dónde estaba situada en una imaginaria línea comparativa junto a sus amigas. En los estudios, en el deporte o en las relaciones sociales, se ubicaba a sí misma en el límite inferior, pero había algunas actividades (como la elección del mejor pescado o la mejor carne en el hipermercado, saber mantener la educación cuando un profesor estaba hablando, ser leal a sus amigas...) en las que, ¡estaba segura!, se aproximaba al centro de la línea. Incluso en algunos casos, sobre todo en determinados valores, se veía en la zona superior: era capaz de superar a más de la mitad de sus amigas. Por eso, por la seguridad que tenía en sí misma y por lo bien que conocía sus límites, Aurora tenía mucho miedo, pues Paci había insertado en la realidad (extraídas, seguramente, de sus fantasías) unas expectativas descomunales y poco acordes con sus auténticas posibilidades. *Quedaré entre las diez primeras.*

Aurora observó a Juli, que llevaba una pequeña mochila de la que estaba extrayendo un paquete de palomitas. Rehusó el ofrecimiento de la niña y esta se puso a comer. Miró a su derecha y descubrió, en el centro de la playa, una enorme tarima totalmente plana, a un metro y medio de altura sobre la arena, con una especie de trampilla hueca en la parte central. Los bordes de la tarima estaban vallados para evitar la presencia de público. Debía de tratarse de la zona de entrega de trofeos.

Por el mar, en los alrededores del circuito, se desplazaban tres pequeñas embarcaciones de la organización, quizá verificando el recorrido y buscando una ubicación adecuada para la observación, pues en su interior viajaban los comisarios garantes de velar por la limpieza de la competición (no sería la primera vez que algún concursante intentase saltarse algún tramo de recorrido) y, sobre todo, por la seguridad de las niñas. Los tres barcos eran, para Aurora, la imagen más bella de toda la playa, porque eran los encargados de cuidar a su niña y recogerla si se caía al agua.

Hacia una hora que la madre de Paci, al llegar, había hablado con los organizadores para intentar convencerles de que vigilaran con especial atención a la embarcación número dieciséis, la tabla de su hija. Les explicó sus problemas, pero ellos, lejos de tranquilizarla, aumentaron su ansiedad, y Aurora estuvo a punto de prohibirle a Paci su presencia en aquel concurso. Pero Paci ya se había ido con el resto de competidoras y, si iba a por ella, la niña nunca se lo perdonaría. Aurora había hecho una promesa y tenía que cumplirla. La dosis extra de angustia (la inyectada por los jueces) se debía a que le habían desaconsejado, precisamente, la participación de Paci. *¿Cómo es posible que una niña con ese historial clínico se meta en esto?* Indirectamente, a Aurora la habían definido como madre irresponsable. Los jueces le habían dejado claro que su labor era validar la prueba y dar fe de los resultados; sus atribuciones no contemplaban el cuidado de las niñas enfermas, quienes deberían tener prohibido por su médico competir en un deporte de riesgo.

Otra vez la maldita competición. Ese no era el concepto que Aurora tenía del deporte escolar, pero los propios árbitros, en vez de dar otro tipo de ejemplos, verificaban que aquí se venía a ganar y a no hacer trampas. Las palabras “deporte de riesgo” fueron las que más desencajaron el rostro de Aurora, pero Juli (la amiga de Paci) le había apretado la mano, inoculándole una microdosis de tranquilidad. *Qué perceptiva y oportuna eres a pesar de tu edad, Juli.* A pesar de la regañina con que la habían despachado los comisarios (para eso estaban ellos allí, para regañar no solo a las tramposas, sino a las madres inconscientes), confiaba plenamente en que ellos, en el fondo, tenían la obligación y la responsabilidad de cuidar a todas las participantes, y, por mucho que se hubiesen mostrado tan duros con ella, la propia responsabilidad los obligaba (aunque no se lo hubiesen reconocido) a intensificar la vigilancia del velero número dieciséis.

Cuando Aurora se hubo calmado (tras convencerse de que los jueces iban a convertirse en “Salvamento Marítimo”), tuvo conciencia del problema real e inesperado que iba a condicionar, sí o sí, el desarrollo de la carrera: el viento. En los últimos minutos, de forma paulatina, las olas que desafiaban la playa se habían encabritado cada vez más, y, en las gradas, el público tenía serios problemas para retener, o mantener en su sitio, sus prendas más sensibles al viento, como las viseras, los abanicos o las minifaldas. La madre de Paci se percató de que se habían cerrado todas las sombrillas, pues las fuertes ráfagas de viento las hacía inútiles. Miró el mar y miró a Juli, quien, a su vez, la miraba a ella leyéndole (seguramente) los pensamientos. La niña le cogió la mano de nuevo, pero, esta vez, el terror subió desde su estómago en forma de arcadas. Aurora giró la cabeza y, por el hueco que dejaba la parte posterior de las gradas, vomitó sobre la arena, ocho pisos más abajo. Los remordimientos la instaban a ir a por su hija y alejarla del infierno, pero la competición estaba a punto de comenzar.

Las cuarenta y dos windsurfistas participantes se colocaron en la línea de salida, dispuestas a darlo todo para completar el

recorrido en el menor tiempo posible. Todas las niñas sabían que Maru, la de la embarcación número veintiocho, iba a ganar. Paci trató de acercarse todo lo que pudo a su ídolo para salir a su lado. Era un orgullo participar en un slalom junto a ella, y esa era motivación suficiente para disfrutar. Pero Maru la miró directamente y le inyectó una sobredosis de adrenalina comprimida en dos palabras. *Suerte, Paci*. La emoción embargó a la hija de Aurora, y un escalofrío trepó por su espalda bajo el ajustado traje de neopreno.

Aunque en esta ocasión no lo necesitaba, Maruja dedicó, por costumbre, unos instantes a escrutar los rostros de sus contrincantes. En las competiciones oficiales era una buena lectora de sensaciones, siendo capaz de intuir con gran precisión qué windsurfistas estaban mejor (psicológicamente) para competir. Ella siempre mantenía la sangre fría, su cabeza estaba perfectamente amueblada, y eso le daba un plus de tranquilidad a la hora de afrontar las carreras. Siempre había ganado. *El control mental se traduce en metros de ventaja*. En esta prueba escolar, en la que tenían que zigzaguear unas boyas hasta llegar a meta, iba bastante sobrada. Solo había dos o tres niñas con un mínimo de calidad, sobre todo una, llamada Irene, pero, salvo accidente, lucharían entre ellas por la segunda plaza del podio. No eran lo suficientemente buenas para hacerle frente. En cuanto a Paci, estaba predestinada a entrar la última. Eso siempre y cuando no se cayera, porque el viento y las olas habían alcanzado extremos preocupantes, capaces de atemorizar a las menos ágiles y a las menos técnicas. Podría ocurrir, incluso, que los jueces suspendieran la carrera.

En el recorrido visual, Maru confirmó sus sospechas. A la mayoría de niñas se les notaba que estaban excesivamente tensas, con una dosis de inseguridad que, probablemente, les pasaría factura. *Condiciones climáticas demasiado complicadas para aficionadas*. Se detuvo en Irene, cuyo rostro era incapaz de descifrar. Parecía muy concentrada, ajena al viento y las olas.

—Irene llegará detrás de mí, la segunda —apostó en un susurro.

¿Y Paci? ¿Cómo estaba Paci? Maruja, al observarla, abrió la boca en señal de incredulidad. Aquella niña medio retrasada, con graves problemas psicomotrices, no solo no tenía miedo (tal vez, precisamente, por sus problemas), sino que parecía disfrutar el momento. Su momento. Maru sonrió, imitándola.

—Tal vez cruces la meta por delante de dos o tres niñas. Sería toda una sorpresa —murmuró.

Aurora no lo sabía. Maruja no lo sabía. Nadie lo sabía, solo su padre, que había fallecido. Paci estaba acostumbrada a navegar sobre la tabla en condiciones mucho peores, él la había enseñado. Se sentía muy segura, su seguridad la proporcionaba el arnés que la sujetaba a la botavara y las cinchas que agarraban sus zapatillas de neopreno. Paci encaró el recorrido con una amplia sonrisa, pensando en su padre.

El slalom arrancó a las siete y catorce minutos de la tarde. En unos cuatro minutos estaba prevista la llegada a meta de las primeras participantes. Enseguida se hizo patente que el factor climático extremo no había sido considerado factible en las previsiones y expectativas de la gran mayoría de windsurfistas. Para ellas, la carrera era una trampa, una perversa encerrona maquinada por el dios del viento para poner en evidencia sus miedos y sus limitadas pericias a la hora de manejar la vela. En esta tesitura, desde los primeros metros se formaron dos grupos, el primero formado por seis windsurfistas (entre ellas las velas veintiocho y veintidós, de Maru e Irene respectivamente) y, por detrás, el resto.

Lejos de aplacarse, a medida que las concursantes avanzaban, las olas y el viento se acentuaban, y esto, poco a poco, empezó a desgastar a casi todas las niñas, quienes se fueron volviendo cada vez más prudentes y, en consecuencia, menos competitivas. A mitad de recorrido Maruja lo tuvo claro. Solo tenía una rival, la vela veintidós, que, sorprendentemente, seguía a su lado. Pero Maru siempre aceptaba compañía hasta esa zona, le gustaba ver gente a su alrededor hasta la línea intermedia. En condiciones

normales, lo sorprendente hubiera sido que nadie más siguiese su (aún) generoso ritmo, pero, con unas olas no aptas para escolares, Maru no necesitaba esforzarse, era una carrera por eliminación. Sin embargo, Irene aguantaba el viento y el mar, lo cual era digno de admiración.

Por detrás de ellas, a una distancia prudencial, había un grupo de cuatro windsurfistas que, si vinieran remontando, darían la impresión de estarse acercando peligrosamente, pero Maru sabía que se trataba de las últimas que habían quedado rezagadas del propio grupo de cabeza. Lo pensó mejor. Hasta hacía unos metros, su grupo era de cinco tablas, no de seis. Ella e Irene se habían deshecho de tres. ¿Por qué cuatro, entonces? Alguien venía remontando, y Maru no quería más sorpresas. Era el momento. *¡Adiós, Irene!*

Cuando Irene se dio cuenta, Maruja le había erosionado la moral, carcomiéndole su motivación, que, hasta entonces, creía inviolable. ¿Cómo podía hacer algo así en tan solo unos metros? Se percató de que, definitivamente, era inalcanzable. Maru era la reina del windsurf y seguía siendo intocable.

—¡Maldita...!

Con la línea de meta muy cerca, Paci miró al frente. En teoría, según su madre, no debería tener niñas por detrás, porque estaba predestinada a ser la última. Pero le había prometido a su padre, que estaba viéndola desde el palco, más allá del sol, que llegaría entre las diez primeras. Sus limitados razonamientos eran incapaces de entender por qué muchas de sus rivales se iban rezagando, como si no se esforzasen por avanzar. Parecían unas auténticas aprendices encima de la tabla, sin ninguna destreza para encarar el viento con la vela. Paci, por su parte, sabía cómo rotarla ante las olas que la ayudaban a desplazarse, su padre era el responsable. Las adversidades (para otras) eran para Paci herramientas de trabajo. Lo mismo que la propia tabla o la vela.

Irene no soportaba la humillación. Había intentado, por lo menos, acercarse un poco a la campeona para conseguir algo de

protagonismo. *Irene fue la única windsurfista que le hizo frente.* Pero con cada segundo transcurrido, Maru iba aumentando los machacantes metros entre ambas. Entraría segunda, sí, pero tan distanciada que solo hablarían de “Maru y el resto”. Miró hacia delante y vio a Maruja cruzando la meta, entre aplausos, minándole las pocas fuerzas que le quedaban. Miró hacia atrás y la vio. ¡La embarcación número dieciséis se estaba acercando!

Hacia unos instantes, cuando Paci se dio cuenta de que había dejado atrás, implacablemente, a todas las windsurfistas del gran grupo, se había convencido de que su posición final estaría por encima del noveno o décimo lugar. Del grupo delantero iban desprendiéndose piezas, y Paci iba a por ellas para engullirlas. Su padre siempre le había dicho que, en un slalom, si una tabla perdía contacto con su grupo, también perdía fuerza y motivación. Y si otra tabla se le acercaba, recogería toda esa energía y, con seguridad, la superaría. Con seguridad. Paci creía ver, entre las olas, esa energía blanca y espumosa que, magnéticamente, le llegaba de las “descargadas” windsurfistas a las que perseguía, para contagiarla y recargarla a ella. Una a una las superó, pero no le sorprendió. Sabía que iba a pasar, los preceptos de su sabio padre nunca fallaban.

—¿Qué demonios...? ¿Quién es esa? —Irene, atónita, era incapaz de comprender (y, mucho menos, de aceptar) que pudiese tener una rival en la lucha por el segundo puesto. ¡Justo faltando unos metros!

Paci venía fuerte, muy fuerte. Irene no lo podía permitir. ¿Cómo se había dejado ir? ¡No tenía que haberse obsesionado con Maru! Si se hubiese concentrado en su carrera, ahora estaría cruzando la meta en solitario. Pero Paci venía sonriendo y manejando la vela como los ángeles, como su padre. Irene trató de apretar, entorpeciendo la trayectoria de Paci, a quien ya tenía prácticamente encima, pero esta traía un manual de recursos técnicos bajo el brazo y no le resultó muy difícil esquivarla.

—¿Quieres guerra? ¡Te voy a dar guerra psicológica! —murmuró Irene.

Desplazándose en paralelo a la misma altura, muy cerca una de la otra, Irene volvió a meter su tabla en la línea de trazado de Paci con la intención de intimidarla y obligarla a escorarse para, así, ampliarle su trayectoria y hacerle perder tiempo. Paci no se amilanó. Como pudo y asumiendo muchísimos riesgos, siguió esquivando las aproximaciones de Irene, pero no estaba asustada; no iba a separarse de ella. La experiencia le decía que la línea recta solía ser, en los metros finales, el camino más rápido. Irene la miró para calibrar el grado de tensión de su contrincante y calcular cuánto le faltaba para romper. ¡Pero aquella loca estaba sonriendo! ¡Su tabla se deslizaba tambaleándose en la cuerda floja y la muy lunática disfrutaba! ¿Cómo combatir a la ausencia de miedo?

—¡Eso es! ¡La cuerda floja, el equilibrio!

Desesperada, Irene no lo pensó mucho. Desde las gradas, Aurora no podía más, incapaz de discernir si su propia actitud (en pie, con las manos en la boca y moviendo las piernas compulsivamente mediante saltitos) se debía a la emoción por el milagroso podio o al miedo por la extrema cercanía de ambas velas. No quería mirar por los prismáticos, porque presenciar el impactante espectáculo de cerca la aterraba. Juli, a su lado, miraba, asombrada, la evolución imposible de su mejor amiga. Fue entonces cuando ocurrió. La mano derecha de Irene soltó la botavara y, a la vez, sacó su pie derecho de la cincha. Era muy arriesgado hacerlo, pero tenía que confiar en la suerte. La niña que iba a su lado estaba arriesgando hasta límites sobrehumanos. Le tocaba arriesgar a ella. *O tú o yo. No quiero el tercer puesto; el segundo o ninguno.* La mano de Irene empujó con mucho ímpetu el hombro izquierdo de Paci. Simultáneamente, el pie se apoyó en el borde de la tabla número dieciséis, presionando esta con toda el alma, justo cuando una gran ola las estaba acechando. Desde la distancia, el contacto parecería accidental. Ahora quedaba esperar unas décimas de segundo para saber si habría recompensa.

—¡Oh! —expresó Aurora en un grito ahogado.

La ventaja de Irene (y desventaja para Paci) era el elemento sorpresa; y la anticipación, porque Paci podría contar con la posibilidad de un toque fortuito, pero nunca con un empujón y un desequilibrio causado intencionadamente. Fue un acto inesperado y violento. Por primera vez en su vida, Paci se dio cuenta de que no dominaba su tabla ni su vela. El arnés la mantenía sujeta, pero prisionera, porque se movía sin control. En los segundos siguientes al percance, sus ojos se cruzaron con la windsurferista veintidós, quien, con un rostro muy tenso, estaba logrando mantener su equilibrio, al contrario que Paci; primero la vio verticalmente y, luego, girada con ángulos cada vez más pronunciados. Después vio agua, mucha agua, y su boca, abierta para estrujarse la lengua, recibió una gran cantidad de ella, por lo que empezó a ahogarse, desesperada.

Aurora, en la grada, vivía su propia pesadilla. Juli se había levantado y le apretaba fuertemente la mano. La madre de Paci notó que su presión sanguínea estaba cayendo, pero tenía que mantenerse para socorrer a su niña.

A Paci, los ojos se le nublaron. Veía todo borroso. Después del agua salada se topó con el sol, que bajaba por el horizonte, y que terminó por cegarla del todo. Luego, con un mínimo de visión recuperada, vio a lo lejos, en la playa, las gradas donde se encontraba su madre, pero las percibía en una posición muy inclinada. Sin dejar de mirarlas, toda la estructura se volteó hacia el lado contrario. Paci tenía secuelas cerebrales de nacimiento, pero sí que era capaz de razonar que las gradas no eran las que se movían, sino su tabla. Sin recuperar el aliento suficiente para agarrarse a la vida, de nuevo vio el agua acercándose a su boca, pero cuando quiso cerrarla era demasiado tarde. Tragó mucha más que antes, y sus pulmones protestaban porque les estaban robando la posibilidad de seguir viviendo. En pocos minutos Paci iba a morir.

—¡Tranquila, Aurora! Seguro que está bien —dijo Juli sin mucha convicción.

Irene (la rata) había entrado segunda, y la embarcación número ocho fue medalla de bronce. Mientras tanto, uno de los tres barcos de seguimiento se había detenido junto a María de la Paz y la estaba rescatando para reanimarla. Al mismo tiempo que el equipo de emergencia se encargaba de ella, Aurora, en la playa, se dirigía a la carrera hacia la posición de los comisarios. Cuando estos la vieron aparecer, uno de los jueces, el que había sido más prudente o antipático (Aurora no lo tenía claro) con ella, la atravesó con una furiosa mirada.

—¡Se lo dije, señora! ¡Usted ha puesto en riesgo la vida de su propia hija!

Aurora cayó al suelo y perdió el conocimiento.

A las siete y cincuenta minutos, la playa simultaneaba al público presente dos focos de atención. En la parte central, la imponente tarima, con su trampilla hueca, esperaba a las ansiosas niñas que, a los pies de la estructura, anhelaban ver colgadas en sus cuellos las respectivas medallas.

—Buena carrera —le dijo Maruja a Irene, la medallista de plata.

En una esquina cercana al centro neurálgico organizativo, los responsables de la carrera y algunas personas anónimas se interesaban por el estado de las ya repuestas Paci y Aurora, ambas fundidas en un abrazo. Los socorristas habían superado con nota la buena obra del día. Los comisarios no volvieron a ensañarse más con la madre de la windsurfista, todo había quedado en un buen susto y ahora no tenían sentido más reproches. Pero Aurora intuyó algo más. Un grupo de jueces, en la zona de control, cuchicheaba en secreto y, disimuladamente, sus miembros miraban hacia donde ellas estaban.

La ceremonia de entrega de medallas se puso en marcha. Para asombro de todos los que miraban el escenario, la trampilla hueca cobró protagonismo. Desde debajo de la tarima e impulsada por algún mecanismo, emergió del agujero central una pieza de tres

escalones: el podio. Cuando este terminó su ascenso y se detuvo, la gente se puso a aplaudir la originalidad.

A varios metros de allí, uno de los organizadores le brindó a la inocente Paci una oportunidad para hacer justicia o, por lo menos, para sembrar dudas.

—Oye, pequeña, ¿por qué te has desequilibrado? ¿Has chocado con la otra tabla o tal vez te han empujado?

—No lo sé... No estoy muy segura, porque pasó muy rápido.

—¿De qué está hablando? —protestó Aurora. Pero el comisario se alejó de nuevo hacia la posición de control.

Junto a la tarima, Irene se mostraba cada vez más nerviosa. ¿Por qué se estaba retrasando tanto la entrega de medallas? Fijó sus ojos en las dependencias de los jueces y notó que había mucho revuelo. Reparó en la osada niña de la vela dieciséis. Era casi seguro que se habría quejado, pero Irene confiaba en que no prosperaría su supuesta rabieta producida por la pérdida de una oportunidad. Además, si la hubiese denunciado y alguien tuviese alguna duda, la contrastarían con ella, escucharían su versión.

Pero, en efecto, los comisarios no albergaban dudas. Ya no.

—Vamos, Paz —dijo el quisquilloso juez-enemigo de Aurora, tendiéndole la mano a su hija.

—¿A dónde quiere que vaya mi hija?

—Ya lo verá. Vamos.

Al llegar al pie de la tarima, fueron directos hacia Irene.

—Hemos decidido que quedas excluida de la prueba. Tu actitud antideportiva ha sido sancionada con una expulsión. Tu lugar en el podio es para la embarcación dieciséis, que estaba a punto de cruzar la meta cuando la desequilibraste.

Maru y la medallista de bronce no se lo creían. Irene empezó a hiperventilar, muy nerviosa, y su padre, que estaba cerca de ella, se dedicó a gritarle al juez formando un auténtico escándalo. El

juez trató de explicarle que tenían imágenes de vídeo muy nítidas que no dejaban lugar a dudas sobre lo ocurrido, pero el padre de Irene no atendía a razones. Ante su creciente agresividad, dos señores del público lo agarraron, tratando de calmarlo para evitar males mayores. Finalmente, dos empleados de seguridad lo convencieron para que se retirase junto a su hija, quien lloraba desconsoladamente con ahogados jadeos.

Maruja trepó, entre aplausos, a lo alto del podio mecánico. Pero, en el segundo cajón, había nacido un mito, el poder de la superación, un milagro llamado María de la Paz. Aurora lloraba a la vez que pelaba sus manos con explosivos aplausos. A su lado se acercó la mejor amiga de su hija, la desapercibida Juli, quien, con su larga coleta y sus recientes gafas (cuyo responsable era un oculista que le había detectado una ligera miopía), parecía abstraída de todo aquello, con un rostro pensativo.

—¿Has visto eso, Julieta? ¿Has visto lo que mi hija ha hecho hoy? —gemía Aurora, embargada de emoción.

Pero Julieta no escuchaba. Su críptica y estructurada cabeza estaba trabajando a mil por hora, buscando el mejor palíndromo que eternizase aquel momento. Ella era muy buena para construir palíndromos, porque la había enseñado toda una experta: su canguro Ale, la chupadora de la piedra caliza, quien murió a manos del “asesino del rap”.

Cuando el palíndromo estuvo listo, abrió su pequeña mochila, sacó un cuaderno y lo anotó.

Palíndromo (de Julieta):

**Oído, Paci nace, Maru trepa a la apertura mecánica
podio**

¡Eh! Con esa mimase noche

Eran algo más de las diez de la noche cuando aparecieron los créditos. La película de la tele había resultado más entretenida de lo que había supuesto, tanto que no se había dado cuenta de lo tarde que se había hecho. ¿Por qué Ivana no la había llamado aún? La tarde anterior, a última hora, la viuda de Ricky Roque había recibido un telegrama de Sevilla. Susana no lo había visto, pero, según le había contado su mujer, lo remitía un antiguo compañero de universidad. Al parecer, Marcelo, el profesor de Arte con quien la extrapera había mantenido una relación en el pasado, había muerto de un infarto e iba a ser enterrado en la tarde del domingo.

Se levantó del cómodo sillón, bostezando, y comprobó su teléfono móvil por si acaso ella le hubiese enviado algún mensaje. A veces, si no estaba muy cerca del aparato, Susana no lograba escuchar la tenue melodía que anunciaba la entrada de nuevos mensajes de texto.

—¡Qué raro!

Al salir de casa, de madrugada, le había dicho que, seguramente, tendría un día ajetreado, porque apenas tendría tiempo para registrarse en el hotel si pretendía llegar al tanatorio antes de la incineración. Quedó en llamarla desde el hotel, a última hora del día, pero ya eran más de las once en Sevilla.

Susana hizo otro intento (igual que por la tarde) de llamar al móvil de su amada, pero este le insistía en que estaba apagado o fuera de cobertura. Posiblemente se había quedado sin batería, y el cargador se lo había dejado en casa. Muy nerviosa, Susana se dedicó a pellizcarse el atractivo lunar gris que aspiraba a pasar

desapercibido en el lado izquierdo de su cara, protegido por el numeroso acné. ¿Cuánto tiempo llevaba ese lunar allí? Había ido creciendo sutilmente, y ella tenía la indeseable tentación de jugar con él, compulsivamente, de forma inconsciente. Una manera como otra cualquiera de combatir la ansiedad.

—¡Debería ir a un dermatólogo! ¡Cada vez está más feo!

Sin pensárselo más, Susana accedió a internet y buscó la web del hotel donde Ivana iba a pasar la noche. Allí encontró de nuevo el número de teléfono, igual que el día anterior, y llamó.

—Buenas noches. Quería que me pasara con la habitación de la señora Ivana Suárez.

—Un momento, por favor.

Mientras esperaba, los dedos de Susana tamborileaban contra el teléfono, ansiosa por escuchar a su amor. Estirando el cable, alargó su cuerpo hacia el sillón hasta alcanzar el mando de la tele para bajar el volumen y poder oír mejor. Pero había algo que no le cuadraba. No había sonidos al otro lado, ni siquiera la señal de llamada a la habitación de Ivana. Al cabo de unos instantes, la voz del telefonista la sobresaltó.

—Disculpe por la tardanza, señora. Verá... Resulta que no hay ninguna Ivana Suárez registrada en este hotel.

—¿Cómo? Tiene que tratarse de un error, yo misma hice ayer la reserva por teléfono.

—En efecto, se hizo una reserva a su nombre, pero aún no se ha registrado. Hasta el momento, claro. Puede que aparezca por el hotel de un momento a otro.

—¿Podría dejarle un recado en caso de que vaya al hotel?

—Por supuesto, señora.

—Dígale que Susana estará esperando su llamada a cualquier hora.

No podía creerlo. Ivana era una persona muy independiente y despreocupada, pero estaba tan enamorada que era incapaz de estar más de ocho horas sin Susana. Aunque fuese por pasión o por ansiedad, la tendría que haber llamado ya. Desesperada, decidió que poco más podía hacer hasta el día siguiente, salvo rezar para que la llamase. Cuando lo hiciera pensaba mostrarle su enfado. ¿Cómo era posible que su novia, su mujer, fuese capaz de generarle esta angustia? No, no tenía sentido, no concordaba con sus costumbres. Algo iba mal, desde luego.

Al mirarse en el espejo del baño, comprobó que el lunar gris de su cara se había convertido en una especie de grano, inflamado de tanto manosearlo y pellizcarlo. Pero, como todo tic nervioso, era algo que no podía controlar ni evitar.

—¡Joder! ¡Solo me faltaba un cáncer de piel en estos jodidos momentos!

Palíndromo:

A ti ve ese lunar gris a edad avivada; de asir, granúlese, evita



**S.O.S., el LUNES
aprobasen o
pone sabor,
pasen ULL esos**



El alba, háblale

Faltaba muy poco para salir el sol. A su lado, Rafael dormía plácidamente, sonriendo, tal vez soñando con la novedosa práctica sexual que ella, Ana, le había concedido hacía un par de horas. Tanto Rafael como Ana eran conscientes de que su relación iba a ser muy breve, quizá de un par de meses como máximo. Ni estaban enamorados ni había ningún feeling especial entre ellos, solo sexo que se mantenía gracias a que, a ambos, les gustaba innovar.

Ana “la zorra” Pérez no había dormido prácticamente nada, a pesar del agotamiento de su cuerpo. La causa estaba en su cabeza, que seguía enchufada aún, y no había parado de batir en toda la noche los ingredientes de los últimos acontecimientos. Lo había intentado una y otra vez, pero, a punto de amanecer, decidió descartar la posibilidad de terminar de licuar sus problemas y beberse el correspondiente batido de somníferos.

Por la noche, hacía pocas horas, su vuelo procedente de Madrid había llegado con bastante retraso, y eso la había exasperado. Al llegar a casa se encontró con una llamada urgente de Eva en el contestador. Al parecer se había producido una proeza deportiva en el ámbito escolar, algo relacionado con una minusvalía, según creyó entender. Aún sin cambiarse ni deshacer la maleta, lo primero que hizo fue llamar a la reportera para recabar toda la información, porque, si la noticia merecía la pena, tenía que impedir que la competencia se adelantase. Zorra Pérez no aceptaba nunca llegar la segunda, aunque, paradójicamente, la proeza que le relató Eva era, precisamente, la consecución de un segundo puesto.

Alrededor de las diez de la noche, Eva ya había contactado con la madre de Paci para entrevistar a la niña por la mañana, en la emisora de radio, mientras que Ana había telefonado a sus contactos en Madrid. Aunque su salida del programa de televisión (de ámbito nacional) había sido por la puerta de atrás, conservaba importantes hilos de lealtad informativa con los principales periódicos y emisoras (de radio y televisión) del país. Así que Ana detalló el logro de Paci, añadiendo unos excesivos toques de dramatismo para “vender” la información, toques que, realmente, no eran tan excesivos, pues la regata había sido épica, aunque ella no lo sabía. Llamó a todos, excepto a la cadena en la que había trabajado y que la había despedido.

En la cama, Zorra Pérez se incorporó para mirar la hora en su teléfono móvil, que pronto entonarían el siseo para invitarlos a salir de la habitación. En pocos minutos podría hacerse con cualquier periódico nacional y leer la noticia filtrada por ella. *“Una regatista canaria de once años, con serias deficiencias físicas y psíquicas, vence al mar, al viento, a la presión de los jueces y a sus implacables rivales”*. Los periódicos citarían como fuente a “La Emisora Escrita”, y don Urbano se correría de gusto. Además, parte de su entrevista, la que iba a hacerle a María de la Paz Hernández Guillén en unas horas, se reproduciría ese mismo día en los programas deportivos nocturnos nacionales.

Ana “la zorra” Pérez miró a Rafael y sonrió. En la basura de la cocina se estaría descomponiendo el ramo de flores que él le había traído por la noche, cuando llegó, sobre las once. A esas horas y tras un agotador viaje, Ana no estaba dispuesta a perder el tiempo llenando una jarra de agua para depositar aquellas inoportunas flores. Consideraba que, para una periodista, un ramo de rosas era, quizá, el artículo más inútil y menos práctico del mundo. Ella no era una débil ama de casa sentimentaloida a la que su macho tenía que halagar con detalles para conservarla. *Estúpido Rafael*. Así que las flores acabaron en la basura. Para compensar el desprecio, Ana le prometió que esa noche, cuando el placer se asomase a la cama, se sentiría plenamente saciado.

Palíndromo:

Ramos a la amiga, lleno con ella, gima al asomar

**

Se sentó en una banqueta, en la misma cocina, para tomarse la tisana. En toda la noche Susana no había logrado pegar ojo, porque, a medida que pasaban las horas y su teléfono no sonaba, la angustia se hacía más afilada. Tenía que controlar los nervios, sí, pero sabía que ni siquiera el agua de hierbas la ayudaría.

—¿Dónde demonios te has metido, Ivana?

En una de las repisas, sobre el extractor, descansaba una foto de ambas tomada en Sudáfrica. Se acordó del día en que regresaron del continente negro con la intención de quedarse a vivir en Canarias, casi seguras, aunque asumiendo cierto riesgo, de que no tendrían problemas con la justicia. Sobre todo su chica. El peligro era doble, pues, a la “extirpación” del pito de Jorge Nara, se le sumaba el hecho de “apropiarse” del dinero de su difunto marido, dinero procedente de la venta de unos cuadros robados y depositado en un paraíso fiscal. Pero eso, creían, nadie lo sabía, salvo un par de personas de confianza en Sudáfrica.

De niñas, ambas habían sido víctimas de los abusos del “tío Jorge”, y el hecho de estar ahora juntas, lejos de ayudarlas a olvidar, las condenaba a recordar y revivir continuamente sus respectivos calvarios. Pero eso ya lo sabían ambas, antes de dar el paso, y lo habían asumido. En la balanza, el amor pesaba mucho más. Jorge podía darse por satisfecho, porque, con una excepción, ninguna de ellas lo había delatado. A cambio, él no había denunciado a la calva extrapera que lo había castrado.

La excepción, la única persona que se enteró de sus abusos (a Ivana solamente) fue Marcelo Girard, alias Trapus, aunque Susana sospechaba que el entonces subinspector no llegó a creér-

selo del todo. Para Marcelo Girard, Ivana era una excéntrica, y bien podría haberse inventado una violación para desprestigiar al racista inspector Nara, quien no había cesado de acosar a su amigo PepeTom.

Los ojos de Susana protestaron, deseando cerrarse. Dirigió la mirada hacia la taza, desde donde subía un envoltente sopor en forma de humo y aroma, y luego, de nuevo, hacia la foto. Cuando regresaron de África, tuvo que enfrentarse a un conflicto familiar que creyó poder controlar en todo momento, pero que, si no manejaba con inteligencia y, sobre todo, con sangre fría, se le iría de las manos. Su madre, Sandra, no era capaz de afrontar y aceptar una relación homosexual. En otras personas sí, pero no en su hija (*la doble moral*). Precisamente ella, que se había follado a Ivana. ¿Estaría celosa? Eugenio, su padre, en cambio, no tuvo dificultad alguna para asumir y normalizar el cambio de tendencia de su pequeña. Justo al revés de lo que Susana temía. Fueron suficientes dos o tres conversaciones con Sandra para darse cuenta de que su punto de vista estaba altamente contaminado por la influencia de su hermano, el indeseable Jorge Nara. *Te han lavado el cerebro, mamá, y tú no te das cuenta.*

Tendría que hablar de nuevo con su tío para amenazarlo. Bastante daño había hecho ya, no solo a ella, sino también a su propia hermana, Sandra, a quien le había tendido una trampa para que tuviese sexo con Ivana. Por lo retorcido que era, Susana sabía cuál era su jugada, su plan, su entretenimiento. Su intención consistía, primero, en que Sandra le reprochase a su hija la condición homosexual. Segundo, Susana se descontrolaría, estallaría y le echaría en cara a Sandra su polvo con Ivana. *¿Me vas a dar lecciones de condición sexual, mamá? ¿Tú, que te has follado a mi mujer?* En tercer lugar, cuando Sandra descubriese que su vergonzoso secreto era conocido por su hija, culparía a Ivana de haber roto el silencio. A partir de aquí, la relación familiar entre las partes sería irreconciliable. Pero Susana no iba a caer en la trampa de Jorge. Esta vez no.

Embriagada por el olor y envenenada por el dolor, se bebió la tisana de un solo trago.

Palíndromo:

Amo tisana, Susana sí toma



Atada ve una nueva data

Se encontraban de pie junto a un enorme panel informativo que se encargaba de indicar a cada joven, según su apellido y la prueba que iba a realizar, a cuál de las aulas de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales tenía que dirigirse para enfrentarse a la PAU. Ellos, Elena y Bruno, se habían quedado de piedra porque les había tocado en un aula que no estaba prevista. Sí que contaban con estar juntos, porque sus respectivos apellidos estaban (alfabéticamente) muy cerca. El aula en cuestión se destinaba habitualmente a clases de informática y la habían tenido que adecuar a última hora, tal vez porque los exámenes universitarios de la Facultad exigían compartir el espacio con las pruebas de acceso.

—¡Joder, Bruno! ¿Y ahora qué hacemos? El aula no tiene ojo de buey; cuando salgas no vas a poder espiar para saber cómo estoy. Además, seguro que la vigilancia es más fácil para los cuidadores. ¡Es una puta ratonera!

—No son ojos de buey, Elena. Los visores son rectangulares.

—Entonces... ¿no podremos copiarnos?

—Espera un momento.

Bruno se fue y la dejó sola, con sus miedos. Era la que más tenía que perder, porque él era un monstruo para las matemáticas y para la química. Además, se defendía muy bien con el resto de asignaturas. ¿Y ella? Decidió que no tenía mucho sentido ponerse nerviosa. Si suspendía, siempre habría una segunda oportunidad en septiembre. Al fin y al cabo, “Elena la comerrabos” no tenía prisa. Disfrutaba de un buen trabajo, la prueba de PAU era solo una cuestión de orgullo.

El recinto inferior del edificio era un auténtico hervidero de humanidad. Allí se podía diferenciar, con solo fijarse un poco, entre los alumnos que venían a hacer la prueba y los estudiantes universitarios, ya que estos últimos se movían con mucha destreza y decisión en dirección a su cotidiano punto de destino. Los de la PAU, en cambio, se movían torpemente en un ambiente que no era el suyo, leyendo todos los rótulos y siguiendo todas las flechas orientativas para lograr alcanzar su aula en medio del laberinto.

Por uno de los pasillos se acercaban dos mujeres entradas en años, muy bien vestidas y muy maquilladas, acompañadas por un hombre maduro de aspecto agradable, con barba, quien portaba un enorme maletín. A Elena le sonó la cara e hizo un esfuerzo por identificarlo.

—¡Joder! ¡Es...! ¿Cómo se llamaba?

—¿Estás hablando sola? —preguntó Bruno, que venía llegando de la cafetería con un vaso lleno de agua en la mano.

—¿Conoces a ese?

—¿A Rafael Carrión? Sí, claro, es el coordinador de la PAU. Hace dos años estuvo en mi instituto y me dio clase, aunque no creo que se acuerde de mí.

—Pues es cliente mío —afirmó “la comerrabos”.

—¡No jodas! Pero... ¡Coño, te está comiendo con la mirada el muy cerdo!

—¿Ah, sí? ¡Ahora verá!

Con todo el descaro del mundo, Elena hizo gala de una falta de pudor que sorprendió a Bruno. Miró directamente a Rafael y, con las miradas enfrentadas, le guiñó el ojo derecho a la vez que sonreía. Sobre la marcha, sin darle tiempo a reaccionar (o sea, a retirar su punto de mira), se humedeció los labios con un escandaloso lengüetazo lascivo. Las dos profesoras que acompañaban a Rafael se percataron del gesto y dieron un respingo, al mismo

tiempo que el profesor se ruborizó y forzó toda su cabeza en otra dirección.

—¿Estás loca? —se quejó Bruno—. ¿Quieres suspender o qué?

—En todo caso aprobar.

—¡Estás como una puta cabra!

—¿A dónde vas con ese vaso de agua, Bruno?

—Al examen, por si me da sed —dijo él, apoyado en el panel informativo, con el vaso en la mano y la mochila a la espalda.

—¿Un vaso? ¿Por qué no compraste una botella? ¡Es ridículo cargar con un vaso!

—Es que, en los exámenes, solo bebo agua con gas, y no tenían botellas.

—¿Con gas? —se sorprendió Elena.

—Tiene más sabor. Para aprobar hay que poner sabor en los exámenes, Elena.

—Bruno... ¿Tienes algún plan para copiarnos? ¿Podremos improvisar algo?

—¡A saber! Venga, vámonos ya, que son las nueve.

Palíndromo:

Rebasan al panel, ese vaso es agua para PAU, gaseosa, ¿ves, Elena? ¿Plan? ¡A saber!

**

Desde las ocho de la mañana Susana se había puesto las pilas, pero, hasta el momento, no había obtenido ningún resultado. Bueno, sí, había comprobado, llamando de nuevo al hotel, que Ivana, finalmente, no se había registrado en él. Así que hizo sucesivos intentos a su móvil, por si acaso lo hubiese encendido

o recargado (en el caso de que fuese un problema de batería). Se había dejado el cargador en Tenerife, pero quizá podría haberse hecho con otro en Sevilla.

—¿Dónde ibas a conseguir un cargador... un domingo? — se lamentó.

También decidió intentar localizarla llamando a otros hoteles. Tal vez, por alguna razón (quizá por cercanía al tanatorio), había cambiado de opinión. O puede que recordara algún hotel magnífico en el que estaría más cómoda. Ivana conocía muy bien Sevilla, había estudiado allí. Incluso podría ser que hubiese contactado con alguna amistad del pasado y esta la invitase a quedarse en su casa. Pero, de ser así, ¿por qué no había llamado? Tras haber telefoneado a la mitad de hoteles de Sevilla, decidió abandonar esa absurda vía. Por la noche había creído que, por la mañana, vería las cosas con más claridad, pero, tras hacerse de día, se seguía viendo atada de pies y manos.

Cuando asumió que la ansiedad la estaba empujando por un sendero de irracionalidad, decidió que era hora de recobrar algo de lucidez. Tenía que relajarse y pensar para dar pasos más firmes y, sobre todo, productivos.

—¿Policía? ¿Hospitales?

No, no tenía que pensar en negativo.

—Si a Ivana le hubiese sucedido algo, me habrían avisado.

Pero Susana se dio cuenta de que no era cierto. Ella no era su mujer, no estaban casadas ni se habían registrado (aún) como pareja de hecho. Tampoco podrían comunicarse con sus familiares, porque todos estaban muertos: su marido, sus padres y su hermana. “El asesino del rap”, el hijoputa Raúl, se había encargado, directa e indirectamente, de todos ellos. Ivana podría estar agonizando en un centro hospitalario, y ni los servicios sanitarios ni la policía sabrían a quién acudir.

Tras valorar otras posibles opciones de actuación, decidió esperar unos minutos antes de telefonar a los infiernos.

—Piensa en positivo hasta que agotes las reservas —se dijo, en un susurro.

Entró en la cocina para prepararse un café y, cuando lo estaba degustando, comprobó, satisfecha, que la cafeína le estaba proporcionando el efecto que buscaba. La lucidez. Se dirigió a su ordenador y, tras encenderlo, se dedicó a rastrear la noticia del fallecimiento de Marcelo, el profesor de Arte. El principal problema era que no sabía su apellido, aunque no creía que ese dato fuese decisivo para localizarlo y, de paso, acceder al número de teléfono del tanatorio que se había hecho cargo de sus restos. Pero ni siquiera en la prensa digital local había mención alguna a la muerte de Marcelo.

—Ya sé lo que haré. Buscaré todos los tanatorios de Sevilla, llamaré y preguntaré por Marcelo —dijo, contenta, porque la cafeína le agilizaba cada vez más las neuronas.

Susana se dio cuenta de que, para llamar a los diferentes servicios fúnebres, debería proporcionarles, por lo menos, el nombre completo de Marcelo. En ese momento, la acción de la cafeína alcanzó la cumbre, el lugar desde el que Susana podía otear, con toda la claridad capaz de permitirse, el panorama para hallar una salida. Primero se le ocurrió buscar el apellido de Marcelo en la web de la Universidad de Sevilla, pero, al procesar lo que iba a hacer, su mente se despejó del todo.

—¡A tomar por culo los tanatorios!

La manera más rápida y directa de acceder a cualquier información sobre Marcelo se la tendrían que proporcionar sus compañeros de trabajo. Además, lo único que podría certificarle el tanatorio sería la ceremonia de incineración, pero nunca le darían la información precisa que ella buscaba, o sea, saber si había estado por allí una mujer calva llamada Ivana. Y, aunque se lo dijese, tampoco averiguaría el paradero actual de su mujer.

Esperanzada, abrió la web de la Facultad de Bellas Artes para pillar el teléfono. Ante el extenso directorio telefónico que tenía en pantalla, optó por afinar y filtrar la búsqueda, centrándola en

el departamento de “Escultura e Historia de las Artes Plásticas”, al que sabía que pertenecía el profesor fallecido. Para no perder tiempo, ni siquiera se molestó en buscar a Marcelo, sino que se limitó a marcar, con su móvil, el número de Secretaría.

—Departamento de Escultura e Historia de las Artes Plásticas. ¿Qué desea?

—Buenos días. Verá, sé que sonará raro, pero quería contactar con alguien que haya estado ayer en el funeral del profesor, porque tengo que localizar urgentemente a una persona que ha acudido desde Canarias y no sé cómo ponerme en...

—Disculpe, pero tal vez haya marcado un número equivocado. ¿De qué funeral habla?

—Del profesor Marcelo. Lo siento, pero desconozco su apellido. La persona a la que quiero localizar fue alumna de la Facultad. Se llama Ivana Suárez y colaboró con el prof...

—Señora, el único profesor que responde a ese nombre es el doctor Marcelo Cejudo, y le aseguro que hace menos de diez minutos ha pasado por aquí, por la Secretaría del Departamento, para recoger un paquete de tizas de colores. Así que, salvo que le haya dado un patatús en el aula donde acaba de comenzar su clase, le puedo asegurar que está vivo. Y si ya no lo está, el funeral sería, en todo caso, mañana —contestó con sorna.

—¿Quiere decir... que no ha muerto? ¡Pero...!

—Dígame una cosa, señora. ¿Es esto una broma macabra?

—Perdone, me... han engañado. La broma me la han gastado a mí.

Se quedó en estado de shock, incapaz de encontrar una explicación racional a lo que estaba ocurriendo. Si Marcelo estaba vivo, como indicaban todas las evidencias, ¿por qué Ivana había recibido un telegrama de Sevilla? En medio de la confusión se le iban ocurriendo otras preguntas intrigantes que, hasta ahora, no se había hecho. En primer lugar, ¿por qué un telegrama, en

vez de un mail? ¿Todavía quedaba gente que utilizaba esas vías tan arcaicas? El remitente podría ser un anciano que no conocía internet o que, como mínimo, no sabía manejar un ordenador.

Pero la cuestión más inquietante no era esa. Susana se estremeció al caer en la cuenta de un detalle que se le había pasado por alto. Fuera quien fuese el remitente (cosa que Ivana no le había aclarado), ¿cómo era posible que conociese la dirección de Ivana si apenas llevaban unas semanas viviendo en Tenerife? ¿Tenía su mujer contactos habituales con alguien de su pasado, en Sevilla? Consideró la posibilidad de acudir a la policía y contarles todas sus inquietudes, pero no confiaba en que le hicieran demasiado caso; por lo menos, no declararían a Ivana como desaparecida hasta que transcurriesen más horas.

—¿Qué está pasando? ¿La han engañado o...? ¡Dios mío!

Susana se enfrentó a otra posibilidad, quizá más probable. ¿Para qué iba alguien a engañar a su mujer? No tenía mucho sentido. Pero, quizá... ¡Quizá la engañada fuese la propia Susana! Al fin y al cabo, ella no había leído el telegrama, ni siquiera lo había visto, no podía estar segura de su existencia. Pero ¿por qué?

Muy alterada, salió al balcón que comunicaba su dormitorio con el mundo, porque allí dentro se estaba ahogando. ¿Sería Ivana capaz de abandonarla sin darle una explicación? Su personalidad indicaba que no, pero, si amaba a Susana tanto como decía, podría ser que quisiera dejar la relación y no tuviese el valor suficiente para encarar las lacerantes heridas que acribillarían a ambas. Seguramente la llamaría por teléfono, de un momento a otro, incapaz de soportar un enfrentamiento cara a cara.

—Si es así, ¿por qué no te has ido sin más? ¿Para qué adornar la huida con un telegrama? —decía Susana, hablando sola.

Buscando respuestas a su última pregunta encontró una explicación probable, aunque un poco rebuscada. Ivana le habría dejado una pista para que ella se diera cuenta del motivo por el que la abandonaba. En ese caso, tal vez no recibiría una llamada suya, porque todo estaría dicho. El mensaje de la exapera estaba

claro. *Me voy con Marcelo*. De todas las relaciones de su pasado, la más intensa y gratificante, la que incluía algo de sentimientos además del sexo, era la mantenida con el profesor. Más intensa, incluso, que la de Ricky Roque, su marido, la primera víctima del “asesino del rap”.

Los celos la comían por dentro. Según Ivana, llevaba toda la vida enamorada de ella, nunca se había sentido así con nadie. Pero todo era una mentira. Marcelo la había dejado por otra alumna a la que le dirigía su tesis doctoral, y, aunque Ivana no lo reconociese, le habría afectado mucho. Seguramente estaría muy enamorada del profesor. Ahora, él la habría llamado para concederle un hueco en su vida, de nuevo, e Ivana lo había dejado todo por una segunda oportunidad junto a él. Pero no había tenido arrestos para confesárselo a su mujer.

—¡Hija de puta! —exclamó, fagocitando su guion como si de un hecho contrastado se tratase.

Susana había creído, hasta ahora, que Marcelo era una viruta, un fragmento de material residual que ya había sido cepillado y extraído de la vida de Ivana. Pero no; por lo visto era su rival en la lucha por la conquista del corazón de la extrapera.

Palíndromo:

A tu rival, la viruta

**

Las tres esperaban en una acogedora sala de reuniones, anexa a la cabina de emisión, hasta que entró Ana Pérez sonriendo. Paci estaba muy nerviosa, a la espera de la primera entrevista de su vida. No era la primera vez que se sentía protagonista, a eso estaba acostumbrada, pero, ahora, su papel no tenía que ver con sus limitaciones. Realmente sí, pero en sentido positivo. Por fin no se iban a compadecer de ella, la iban a felicitar.

Julieta estaba sentada a su lado, muy tranquila, transmitiéndole un vaho de calma que Paci no lograba interiorizar del todo. Aurora, la madre, era quien había pedido a Julieta que las acompañara, confiando en su contrastada capacidad para templar los nervios, las bruscas gesticulaciones y las inoportunas expresiones verbales de su pequeña. Las tres, al unísono, se giraron para observar a la joven mujer que entraba con mucha decisión.

A Aurora le encantaba Ana Pérez, sobre todo por el sello de liderazgo que había estampado en televisión, con un pegamento muy difícil de revertir por mucho que la cadena en la que había trabajado siguiese intentando sustituirlo (su liderazgo). Las vertiginosas cotas de audiencia que Ana regaló a sus jefes habían sido recompensadas con un despido. Y eso, los telespectadores (entre ellos, Aurora) no lo perdonaban.

Al entrar en la sala, Ana Pérez hizo un ligero stop en su acaparador dominio escénico, mostrando una brevísima expresión de confusión en su rostro. La ágil mente de Julieta interpretó, en la misma fracción de segundo, el motivo por el que aquella mujer (quien, por su ímpetu, debía ser alguien importante en la emisora) titubeaba. “La Emisora Escrita” esperaba a dos personas: la niña con disfraz de heroína y su proteccionista mamá. Pero Zorra se recompuso enseguida.

—Buenos días a las tres. Quiero agradecerles, en nombre de la emisora, que hayáis aceptado la invitación. Para nosotros es todo un honor poder contar con la protagonista para narrar a nuestra audiencia una gesta deportiva de este calado. Veamos... ¿Cuál de estas dos guapísimas señoritas es María de la Paz?

—¡Ella! —se adelantó Aurora, casi en simultáneo a la confirmación (alzando la mano) por parte de su hija—. El honor es nuestro, yo siempre he sido una admiradora de su trabajo. Y la cadena de televisión para la que usted trabajaba... ¡Ya verá como terminará por desaparecer!

—¡Ja, ja, ja! ¡No diga eso, señora! Las empresas son las dueñas de su dinero, y nosotros, los trabajadores, hemos de

respetar sus decisiones aunque nos duela. ¿Quién es esta niña con cara de buena estudiante? ¿Una amiga tuya? —preguntó Ana, mirando a Julieta y luego a Paci.

—Me llamo Julieta.

—Es Juli, mi amiga —expresó Paci con alegría y orgullo.

—¿Dónde está Bruno? —preguntó Julieta, mirando hacia la puerta, ansiosa.

—¿Bruno? ¿Conoces a ese reportero desquiciado? —se interesó Ana Pérez.

—Sí, él me entrevistó hace unos meses.

—¡No me digas que también practicas deportes de vela!

—No, fue por... otro asunto. ¿Has oído hablar del “asesino del rap”? Estuve a punto de ser una de sus víctimas.

Desde que había pisado la emisora, Julieta hacía grandes esfuerzos para controlar su ansiedad, porque ese control era una terapia necesaria para Paci. Su amiga tenía que percibir algo de tranquilidad para nivelar sus propios nervios (y su madre también). Pero desde que se abrió la puerta y no fue Bruno quien se asomó, se sentía cada vez más excitada. Hacía pocos meses, Julieta se había sentido la protagonista; no por la entrevista en sí, sino por el simpático entrevistador. Había congeniado con Bruno desde el principio, era como el príncipe de un cuento: atractivo, seductor, complaciente y, sobre todo, muy inteligente. Julieta podía afirmar que Bruno era su alma gemela, salvo por la diferencia de edad. Además, después de la entrevista, mientras esperaba a que sus padres viniesen a recogerla, Bruno la había llevado a merendar a un burger cercano a la emisora, y, para su deleite, Julieta descubrió que le encantaban (como a ella) los retos y toda clase de pasatiempos.

La cara de Ana era todo un poema, incrédula.

—¿Quieres decir que...? ¿Tú eres la niña que casi muere asfixiada, a la que se le daban bien las cábalas? ¿La niña a la que Ale cuidaba? —preguntó la periodista, atónita.

Al oír las palabras y percibir la confusión de Ana, Julieta se dio cuenta, gracias a sus dotes deductivas, de que la periodista no solo conocía muy bien la historia del “asesino del rap”. Había algo más, así que lanzó la pregunta.

—¿Conocías a Ale?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Porque, por mucho que conozcas el caso del “asesino del rap”, sabrías quién era Alejandra Suárez, y así la nombrarías, pero tú la has llamado Ale.

—¡Eres muy perspicaz! —reconoció Zorra Pérez, asombrada—. Ahora entiendo por qué has sido decisiva en la resolución del caso. Respondiendo a tu pregunta, Ale y yo estudiamos juntas. Fuimos amigas, más o menos, pero antes de que la mataran tuvimos un par de encontronazos, precisamente por culpa de mi profesión. De alguna manera, yo también investigué aquellos crímenes.

Aurora no dejaba de mirar, ensimismada, a la que fuera su ídolo televisivo. Recordaba perfectamente aquel programa en que Ana había desenmascarado al asesino, quien, por lo visto, odiaba a las mujeres. Le sonaba algo el nombre de Alejandra, apostaría a que había sido la desgraciada novia del sádico maltratador. Hasta ahí llegaban sus recuerdos, su información. Aurora, igual que un gran número de telespectadores, nunca se enteró de que, finalmente, Ana se había equivocado, pues el individuo detenido y acusado (meses después) no era el mismo al que el programa había humillado. Nadie se acordaba de su nombre, podría ser Isaac, podría ser Raúl... Todos hablaban del “asesino del rap”, la prensa se había encargado de ello.

—¿Qué tienes tú que ver en esa historia, Juli? —preguntó Aurora, asombrada.

—Ya te lo contaré, Aurora. Creía que mis padres se habían encargado de pregonarlo a todos sus conocidos, pero me alegro de que no sea así. Quiero olvidar esa pesadilla cuanto antes.

—Como te iba diciendo —continuó Ana—, yo no estaba aún en esta emisora. Trabajaba en un programa de televisión nocturno que investigaba este tipo de sucesos. Y..., bueno, el caso es que nos equivocamos. Nuestra línea de actuación se centró en uno de los principales sospechosos según la policía. Él era...

—¿Hablas de Isaac, el que era novio de Ale?

Sí, ese. Resulta que Ale se lo tomó muy mal, sobre todo porque nos conocíamos y yo no contrasté mis datos con ella. Ahora, con el paso del tiempo, la entiendo, pero tampoco podía decirle que sospechábamos de su novio y que lo íbamos a sacar en la tele. Se hubiera enfadado igual.

—Debiste hablar con Ale. Era muy inteligente, y te habría convencido de lo equivocada que estabas.

—Tú también eres muy lista, pequeña —concedió Ana—. Fuiste tú quien descubrió al asesino.

—Eso no es cierto. Pregúntaselo a Bruno, él conoce al detalle todo lo ocurrido. Fue Ale la que descubrió a Raúl. Lo único que hice yo fue interpretar lo que ella dejó escrito. ¿Qué pasó después entre Ale y tú?

—Verás, Juli, Ale no me perdonó. Tú la conocías muy bien, ella era tu canguro, así que podrás imaginar...

—Se vengó de ti, ¿es eso?

—Así es. Pero si ella no lo te lo contó, yo tampoco voy a detallarte cómo me humilló, eso me lo guardo. El caso es que quedamos empatadas.

Durante unos segundos, las dos se quedaron en silencio, encajando la conversación y recordando a Alejandra Suárez, la última víctima directa de Raúl. Paci no entendía nada de lo que habían dicho, pero estaba más tranquila tras averiguar que

Juli ya había pasado por la experiencia de ser entrevistada en aquella emisora. Recordó que, en una ocasión, su amiga le había nombrado a Bruno. *Tengo un amigo muy guapo que trabaja en la radio*. ¿Sería él quien le hiciese las preguntas? Hasta ahora, todas las preguntas se las habían hecho a Juli.

—¿Bruno es el que me va a entrevistar? —formuló, deseosa por conocer a ese chico tan atractivo.

—No, pequeña. Lo haremos entre Eva y yo. La presencia de Eva se debe a que es la que se encarga habitualmente de las noticias deportivas —dijo Ana con cierta soberbia, queriendo justificar por qué una estrella necesitaba la presencia de una “subalterna”—. Además, Bruno no está trabajando hoy porque se está examinando de las pruebas de acceso a la universidad.

—Espero que le salga todo bien —dijo Julieta.

—Yo también. Bruno es un gran estudiante y, si su afán por trepar a cualquier precio no lo traiciona, podrá seguir mi camino hasta convertirse en un gran periodista independiente. Siempre le estoy dando consejos, pero aún es muy joven y demasiado impulsivo.

—¿Le gusta trepar? —se interesó Julieta.

—¿Sabes lo que significa “trepar”? Mira, un periodista que le haga la pelota al jefe termina por convertirse en su instrumento transmisor, o sea, en una prolongación de las ideas del jefe. Pero la credibilidad del periodista ante la audiencia, y sé de lo que hablo, solo se gana si eres independiente, incluso de tus jefes. ¡Aunque te cueste tu puesto de trabajo!

Julieta estaba asombrada por la vehemencia con la que Ana Pérez desnudaba su pedantería y su arrogancia. Estaba claro que aquella joven periodista había subido muy alto y, después, se había dado un fortísimo golpe, al caer en picado, porque se negaba a aceptar su posición actual. Seguramente había sido una gran estrella, sí, pero alguien había sustituido su potente luz por una emisión de bajo consumo, cuyo brillo es mucho más limitado y,

sobre todo, relativo. Tal vez, sin darse cuenta, se estaba rebajando a competir con un joven reportero que aún no había empezado la carrera.

—¡Podéis entrar ya! —gritó Eva desde la puerta.

Al observarla, Julieta la recordó, porque estaba en la emisora aquel día, cuando ella era la invitada. En aquella ocasión, en pleno invierno, Eva llevaba un pantalón de chándal muy grueso (buen aislante del frío extremo), una gorra de punto que le cubría hasta las orejas, y, paradójicamente, un top que le dejaba el ombligo al descubierto. Ahora, más de lo mismo, por lo que Julieta, poniendo a funcionar su maquinaria neuronal, era incapaz de deducir a qué se debía la estrafalaria vestimenta. Una vez, podría llevarla por cualquier motivo, incluso por accidente, pero dos veces eran suficientes para deducir que esa indumentaria era la rutina de Eva. En esta ocasión, a punto de encarar el verano, con una temperatura de “ni frío ni calor” en el estudio, vestía una minifalda (sin medias) y un forradísimo abrigo polar, impropio de la época. Dado que Eva tendría que estar más a gusto (por sentido común) si hubiese repartido la ropa que llevaba, por igual, a lo largo de su cuerpo, a Julieta solo se le ocurrieron dos explicaciones plausibles: o estaba loca o le chiflaba llamar la atención. O las dos cosas, todo era posible. Lo que Julieta no sabía era que la redactora de deportes estaba obsesionada. Era una maniática del equilibrio, solo que tenía un concepto de equilibrio muy especial. Su ecuación era muy simple. “Ropa de verano” más “ropa de invierno” igual a “equilibrio térmico”. Otro curioso ejemplo de su modo de entender la vida consistía en que, siendo cristiana practicante, fornicaba todos los sábados con diferentes personas y se confesaba todos los domingos, y así mantenía la paz espiritual el resto de la semana. También equilibraba su salud a nivel preventivo, pues, normalmente, alternaba entre dos restaurantes que había cerca de la emisora, de forma que un día iba al burger, al día siguiente a un vegetariano, al siguiente al burger (de nuevo)... y así durante todo el mes. Estaba convencida de que la comida

basura se neutralizaba en su organismo con la ingesta, a contrapunto, de verduras a la plancha o cocidas.

A la cabina de “La Emisora Escrita” accedieron Paci, Ana y Eva. Aurora y Julieta permanecieron en la misma sala donde estaban, desde la cual podían escuchar la entrevista. A Aurora le prometieron darle una grabación de la misma, al final. Julieta quedó asombrada por la impresionante narración que hizo Ana de la regata, como presentación, antes de dar la palabra a Paci. La periodista hizo gala de una indiscutible capacidad para el relato y el dramatismo. Oyendo sus palabras, Aurora parecía más nerviosa, incluso, que la tarde anterior en la playa. Sus ojos estaban a punto de llorar, como si, realmente, Irene estuviese empujando de nuevo a su hija. También a Julieta le parecía que Paci estaba en peligro, más en la narración que en la realidad. Si muchos periódicos nacionales, esa misma mañana, ya habían recogido la proeza de Paci, Zorra Pérez la estaba elevando a las alturas, convirtiendo a la niña en heroína nacional.

Julieta se alegró de que no se hubiesen cebado con Irene, a quien solo mencionaron (sin dar su nombre) de pasada, con mucho tacto, porque Irene, al fin y al cabo, era el contrapeso que, como un ancla, se había hundido y encallado para favorecer el ascenso de Paci. En la entrevista, como no podía ser de otro modo, Ana llevaba la voz cantante, aunque, eso sí, apoyándose con mucha profesionalidad en Eva a la hora de detallar todos los aspectos deportivos del windsurf. Ana era la líder, pero, aparte de dejar intervenir libremente a Eva, se iba despojando paulatinamente de su protagonismo a la vez que se lo incrustaba a Paci.

La niña se sintió, desde el principio, arropada y tranquila, porque escuchaba su historia y se daba cuenta de que había vivido un cuento fantástico. Su experiencia de la tarde anterior estaba a la altura de los relatos que, hasta hacía pocos meses, le contaban sus padres, por turnos, antes de quedarse dormida. Al morir su padre, los cuentos se acabaron.

La profesionalidad de Ana Pérez también quedó reflejada en su forma de hablar con Paci, sobre todo por su paciencia infinita, que alargaba hasta lograr comprender y “traducir” para la audiencia todas y cada una de las respuestas más incoherentes o incomprensibles (por sus limitaciones) de la niña.

Julieta no tenía dudas. Paci había calado en la audiencia. En el colegio (de eso estaba segura) la mirarían de otra forma, la respetarían más. Zorra Pérez no hurgó en las relaciones de Paci con sus compañeras, aunque sí hizo una mención a los estudios con una frase que captó la atención de Julieta.

—Espero que también pongas los codos en los estudios.

—¿A qué viene eso? —murmuró Julieta, ante la curiosa mirada de Aurora.

Ana Pérez, después de hablar con la heroína, siguió empalagando a sus oyentes con detalles que daban más peso a la hazaña.

—Tuvieron que rescatarla, porque casi se ahoga. A pesar de su minusvalía, a pesar de la comprensible falta de confianza por parte de su madre, con todas las papeletas para entrar en último lugar, quedó en segundo puesto. ¡Y eso que los comisarios, los muy cutres, no querían dejarla participar! Decían que su madre era una irresponsable. Al final, Maruja, la campeona, le aplaudió entre lágrimas desde lo alto de su trono. En fin, señoras y señores, sabemos que nos escuchan muchos amantes y profesionales de los deportes náuticos. Para todos ellos, para Tenerife, para Paci, hemos reservado una sorpresa final. Tenemos al teléfono al señor Ibáñez, uno de los responsables de la gestión de presupuestos deportivos del Gobierno de España. Buenos días, señor Ibáñez.

En la intervención del señor Ibáñez, él mismo y Eva explicaron a la audiencia, de la manera más resumida y didáctica que pudieron, cómo se gestionaba en España el denominado “Presupuesto Rescatado del Fútbol”. Se trataba de un dinero público que antaño formaba parte de los fondos gubernamentales destinados a la Real Federación Española de Fútbol (RFEF), pero que, con el tiempo, tras un acuerdo entre los principales partidos políticos

para que no todo fuese a parar al fútbol (con el fin de apoyar y fomentar deportes minoritarios), se había recortado de las ayudas a la RFEF. La filosofía de ese fondo consistía en destinarlo a aquellos deportes menores que, por algún motivo de índole social, lograsen alcanzar una repercusión mediática palpable. Si, durante un año, no se produjesen gestas deportivas con la suficiente fuerza para tener derecho a ese fondo, el mismo retornaría a la RFEF. De hecho, se rumoreaba que la RFEF, gracias a su poder y a su influencia en los medios de comunicación, había sido capaz, hasta ahora, de poner freno a una posible salida de sus arcas de ese dinero; nunca antes se había destinado a otro deporte.

Un motivo de índole social. La proeza de una niña minusválida de once años era el motivo social perfecto. El señor Ibáñez, en directo, se comprometió a dedicar una buena parte del “Presupuesto Rescatado del Fútbol” a los deportes náuticos de Tenerife. La artífice de todo había sido Ana, gracias a sus contactos, gracias a la ayuda de la prensa nacional a la hora de divulgar la noticia. Paci se había colgado una medalla, pero ella también. La chacal volvía a escalar un peldaño hacia el estrellato. Solo las estrellas eran capaces de canalizar la propagación de un haz de luz como aquel: Irene empuja a una niña minusválida, esta queda segunda, va a la radio... y la gran Ana consigue retar y vencer a la RFEF, sacando petróleo.

Palíndromo:

**Asir Paz, ahoga por poco, Tenerife freno pone RFEF,
Irene tocó, propagó haz aprisa**



Mediodía ido, ídem

Acababa de almorzar en la taberna de mala muerte que repelía desde el bajo del edificio donde tenía su agencia de detective privado. Para él, aquel antro de dudosa reputación era el responsable directo de su falta de clientela. *¿Quién va a acudir a un detective, en un cuarto piso sin ascensor; si, además, mientras subes las escaleras, te vas a impregnar la ropa de un mugriento y aceitoso olor?* Marcelo Girard, alias Trapus, había aguantado estoicamente el indigesto consumo de comida grasosa y recalentada, servida sobre una pequeña mesa de madera adornada con un mantel de cuadros rojiblancos, y siendo amenizado por un coro de borrachos que no dejaban de beber vino aguado en la barra. A su lado, en la mesa contigua, dos prostitutas se habían llevado al almuerzo una detallada conversación sobre cómo les había ido la jornada laboral matinal.

Nada más entrar en la oficina, Trapus se dejó caer sobre el sofá que había adquirido, de segunda mano, para su siesta diaria. Esta vez, los cincuenta y seis escalones le habían sentado tan mal como la comida, y tuvo que contenerse para no levantarse a vomitar. Pero al recordar la desagradable conversación de las prostitutas (que adornaban con expresivos gestos de sexo explícito), se levantó como un resorte. Mientras corría hacia el baño, la imagen de la cincuentona recreando una felación se desplazó desde su mente hasta la propia garganta, haciendo que las primeras explosiones de vómito fuesen arrojadas por fuera de la taza.

Una vez repuesto, Trapus se convenció de que dormir una siesta iba a ser tarea imposible.

—Tengo que cambiar mi alimentación.

Se sentó frente a la desordenada mesa de trabajo, repleta de periódicos e informes personales, y rebuscó hasta dar con las últimas pruebas médicas. Hacía cuatro meses que llevaba la mochila llena de médicos. Ya estaba harto de analíticas, peticiones, resultados, recetarios..., pero ahora estaba justo en un punto de inflexión, dominado por el pánico. La gastroscopia que le habían practicado hacía diez días lo había desgastado anímicamente. El miedo había sido doble; por un lado estaba su irracional pavor a la sedación (*¡Primera prueba superada!*), y, por otro, la consecuente biopsia, a cuyos resultados tenía que esperar en una implacable cuenta atrás. Él firmaría una úlcera, como mal menor. Girard escudriñó la última analítica.

—¡Joder! ¡Sí, tengo que cambiar mi alimentación!

Estaba seguro de que sus hábitos alimenticios eran los responsables de su deterioro, pero la mecha que había precipitado a este no tenía que ver con la comida. Era el trabajo, el injusto y contradictorio trabajo. Tras resolver con éxito el caso de los raperos asesinados y ser felicitado por todos, fue cuestión de un par de semanas. La mañana en que el comisario lo citó en su despacho se puso el traje de los domingos, seguro de que le iba a comunicar su ascenso. ¡Qué bien sonaba! *Soy el inspector Marcelo Girard*. Jamás se le pasó por la cabeza que iban a invitarlo a dejar el Cuerpo Nacional de Policía.

El subinspector Girard había apostado muy fuerte oponiéndose a Jorge Nara, pero había ganado la batalla. El inspector había cometido tantos excesos en la investigación, debido a sus instintos racistas, que había cavado su propia tumba. A Nara lo habían investigado, lo habían puteado, había sido suspendido de empleo y sueldo. Girard nunca relató a sus superiores lo que le había hecho a Ivana, porque era indemostrable y no quería hacer más leña del árbol caído. *Error: Cuando acorrales a tu adversario, remátalo.*

El interrogatorio que le hizo el comisario parecía absurdo. *¿Por qué no denunció usted a Nara cuando se dio cuenta de que*

seguía una línea de investigación intencionadamente desviada? Si llega usted a actuar, se podrían haber evitado algunas muertes. Trapus sabía que, de haber denunciado al inspector, nadie lo habría creído, y Jorge se lo habría hecho pagar.

A Trapus no lo despidieron, solo le advirtieron. Desde que el comisario empezó a hablar, fue consciente de que había algo más: el *Lyaksandra*. El subinspector, aquellos días, estaba totalmente obsesionado con las actividades ilícitas del carguero ucraniano que había transportado el fugu. Pero la FWIB, la ONG que protegía al barco, podía hacer desaparecer a Trapus de un plumazo. Sin mencionarlo directamente, el comisario hizo alusión al *Lyaksandra*. *Debe usted centrarse en su trabajo y no meter las narices en asuntos que no le hayan sido asignados.*

El comisario se guardó para el final la noticia que supuso el término de la carrera profesional de Marcelo Girard. *Seguirá usted trabajando bajo las órdenes del inspector Nara.* ¡Lo habían readmitido! ¿Por qué? Trapus era policía, así que pensó como un policía. Y lo dedujo. A Nara le habían cercenado el pene, pero nadie sabía quién había sido (aunque Trapus sospechaba de una extrapera calva y de lenguaje vulgar). Se imaginaba a Jorge, negociando y pactando con el comisario. *O me readmiten, o diré que esto ha sido un accidente laboral. Pediré una indemnización y criticaré al Cuerpo por no apoyar a sus policías.* A favor de Nara contaba el hecho de que José Tomás Ropy había retirado la denuncia contra él tras la detención de Raúl.

—¡Mierda! —se quejó, recordando su mala suerte.

No, no lo habían despedido. Lo habían invitado a marcharse, su relación con el capado Jorge Nara era irreversible. El inspector acabaría con él si se quedaba. Trapus se fue y nadie lo retuvo, nadie trató de convencerlo para que se lo pensara mejor. El inspector era un rival demasiado peligroso, Trapus solo le había ganado la batalla del rap, pero su partida global contra Nara se había liado más de la cuenta, y solo el abandono le permitiría salir ileso de la misma.

Palíndromo:
Su partido se lió, ileso di, Trapus

Atardecer, apareced, rata

Como almuerzo, había ingerido un par de melocotones y un puñado de cereales. No se había separado más de tres metros del teléfono fijo, salvo para ir a la cocina (a por la fruta y los corn-flakes) o al baño. El móvil lo llevaba cosido a su mano. Habían transcurrido demasiadas horas sin saber nada de Ivana, lo que daba peso a la teoría pesimista que había construido. ¿Por qué sería tan negativa? Susana se imaginaba a sí misma llevando un buitre colgando de una cadena, como amuleto. No podía seguir así, era consciente de que tenía que acudir a la policía. O eso, o enfrentarse directamente al infierno, lo que suponía localizar y telefonar a Marcelo para arrancarle la verdad (y, de paso, los ojos). ¿Y si estaba equivocada?

—Contaré hasta cien y, si no suena, llamaré a la policía.

Tenía que despejarse un poco para clarificar sus ideas, porque, en su estado, olvidaría mencionar detalles importantes, o se atropellaría hablando, y la tomarían por una loca. Decidió lavarse la cara, pero no le resultó útil. *El agua te lava por fuera, Susanita, pero no traspasa hasta lograr limpiarte el cerebro.* Con el listín en la mano, descolgó el teléfono y empezó a marcar el número de la Policía Nacional. Antes de pulsar los últimos dígitos se terminó de convencer. Aún no estaba preparada, sus reflejos la estaban amenazando.

—¡Joder! ¡Casi llamo a los jodidos maderos!

La intención inicial de Susana era contactar con la Guardia Civil para evitar la más que probable intromisión de su tío. Ella tenía una llave para frenarlo, claro, pero tampoco estaba dispuesta a tener otro encuentro desagradable con el “tío-pederasta Jorge”.

Cogió las llaves de su casa, se calzó unas zapatillas deportivas y salió a la calle para tomarse un café en la terraza exterior de un bar cercano. Su intención era regresar recargada por la acción del chute doble de aire y cafeína.

Cuando Susana volvió de la cafetería y entró en el edificio, algo más animada, miró hacia su buzón y, por rutina, introdujo la llave de apertura. Desde que estaban viviendo de nuevo en Tenerife no habían recibido más cartas que las estrictamente publicitarias, pero, esta vez, encontró un sobre sellado, y ella era la destinataria. Le dio la vuelta, pero no había remitente en el reverso. Entró en casa y, sin soltar la carta, buscó el número de la Guardia Civil. Mientras sonaban los tonos de llamada, Susana rasgó el sobre que tenía en la mano y extrajo la hoja que había en su interior.

—Cuartel de la Guardia Civil. ¿Qué desea?

La atención y la concentración de Susana saltaron del sentido auditivo al sentido de la vista. ¿Qué estaba leyendo? ¿Era posible o se trataba de un mal sueño? Su cara se descompuso, y su estómago vacío rugió cuando recibió una réplica del latigazo de adrenalina.

—¿Oiga? ¿Qué desea?

Ella no escuchaba, solo leía, una y otra vez, incrédula.

—Habla usted con la Guardia Civil. Le advierto que si se trata de una broma, nosotros...

—No... ¡Lo siento! Le pido disculpas, creo que he marcado un número equivocado.

Necesitaba estar sentada para releer el mensaje y no perder el conocimiento, porque se le estaba bajando el azúcar, la tensión, el ánimo y la fuerza para encarar la amenaza. ¡La rata había aparecido en su buzón!

Tengo en mi poder a la perra de Ivana, pero no debes preocuparte excesivamente, ya que se trata de un juego. Los seis

palíndromos, que puedes leer bajo estas líneas, constituyen el criptograma con el que te estoy retando. Casi todos ellos son, simplemente, pruebas de mi poder premonitorio al que acabarás rindiéndote. Pero también contienen las pistas para encontrarla a ella, e incluso, si tienes la habilidad mental suficiente, para encontrarme a mí. Sí, ya sé que arriesgo, pero a todo jugador le excita arriesgar algo, confrontar su inteligencia con la de otras personas.

Seis palíndromos, seis días. Es lo justo. En tus manos (y, sobre todo, en tu cabeza) está salvar la vida de tu querida mujer. Mi intención es descuartizarla el sábado, a las cuatro en punto de la tarde, y así lo haré si no lo evitas. Por eso te he dicho que no debes preocuparte demasiado, sino confiar en tu inteligencia para salvarle la vida. Por favor, trata de disfrutar con esto, igual que yo. Ya sé que he iniciado una partida sin consultarte si querías jugar conmigo, puede que sea una falta de cortesía por mi parte, pero ya verás lo apasionantes que son los retos intelectuales. Y aunque no te gusten, hazlo por ella, por lo menos. No permitas que muera tan joven, no se lo merece.

Si crees que he sido muy explosivo e impactante en la presentación, te voy a dar una agradable noticia que te va a calmar y a hacerte feliz. El juego tiene un par de reglas que implican que tú vas a contar con una increíble ventaja: ¡EL COMODÍN DE LA AYUDA! ¿No confiabas en tu corto intelecto para enfrentarte a una misión de este calibre? Te lo dije al principio, esto no deja de ser un juego, y te permito consultar con expertos. Aquí va el criptograma y las reglas del juego.

- 1) A Don Urbano, tetona BrUNO da*
- 2) Así pone coDOS o doce no pisa*
- 3) A casa, cuTRES, o coser tu casaca*
- 4) AdeCÚA TROno, honor tau ceda*
- 5) Oral a ese calabaCÍN COrrígele, elegir roc, ni cábala cese al aro*
- 6) A ti reparan, aviSEIS oreja pajero, si es Ivana raperita*

Objetivo del juego.

1) *SUPERACIÓN*: La jugadora Susana Mesa Serafín debe, en un plazo de seis días contabilizados a partir del día del secuestro, averiguar el paradero de su mujer y liberarla. El premio para la jugadora, si supera la prueba, será una segunda oportunidad junto a Ivana Suárez. Si no la supera, habrá un “game over” de consolación, un nuevo criptograma para recuperar los restos mortales de la ejecutada.

2) *BONUS*: Si la jugadora destaca por sus habilidades, hasta el punto de superar al diseñador del juego, podría llegar, incluso, a desenmascarar y capturar a este.

Reglas del juego.

1) Susana Mesa Serafín podrá contar con la ayuda de expertos en este tipo de planteamientos: el detective Marcelo Girard y el equipo investigador de “La Emisora Escrita”, famoso por su brillantez en el caso del “emir cojo”.

2) No puede participar ninguno de los Cuerpos de Seguridad del Estado. Se confía en que todas las partes implicadas respeten esta regla, ya que Girard y los reporteros son, por su profesión, enemigos naturales (rivales) de la policía, y, por su parte, Susana Mesa no cometería la torpeza de acelerar la muerte de Ivana Suárez.

Por último, quería que supieras que, para mí, es un honor poder contar con tu presencia en esta apasionante aventura. Tenía muchas ganas de que estuviésemos juntos de nuevo.

El asesino del rap.

Temblando de miedo, no se creía capaz de ponerse en pie, porque los músculos de las piernas los sentía atrofiados. Pero era consciente de que tenía que moverse aprisa. ¡Ya! El tiempo corría en su contra, el reloj de arena estaba, de nuevo, volteando la felicidad conquistada para depositarla en el abismo. Igual que con Raúl; lo que construyó, se derrumbó. Se repetía la misma pesa-

dilla vivida con el secuestro y asesinato de Ale. Ahora, más de lo mismo, el palindrómico reloj de arena uniría a las dos hermanas si Susana no era capaz de detenerlo. Se le antojaba misión imposible, porque el estrangulamiento o cuello de paso de los granos de arena era demasiado ancho, y esta caía a borbotones.

Nada más establecerse en la isla, Susana se había puesto al día sobre la vergonzosa readmisión de su tío y el injusto destino del subinspector Girard. Esa información le tenía que permitir, ahora, ahorrar un tiempo que podría ser decisivo para la suerte de Ivana. Se levantó como pudo y se hizo con las páginas amarillas. Con torpes movimientos logró acceder al corto listado de detectives privados que se anunciaban en Tenerife. Tuvo suerte, Trapus era uno de ellos. Cogió el teléfono y, ansiosa, marcó su número.

—Detective Marcelo Girard. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Monsieur Girard? Soy Susana Mesa Serafín.

—¡Señora Mesa! ¡Me reconforta oír su voz! ¿Cómo se encuentra?

—Necesito su ayuda, Marcelo. Es un asunto urgente. ¿Podemos vernos ahora?

—¿Ahora? Es muy tarde. ¿De qué se trata?

—Han secuestrado a Ivana. ¡Han vuelto a actuar, igual que con Ale!

—¿Han vuelto...? ¿Quiénes? ¿Secuestro? ¿Qué está diciendo, señora?

—Me han enviado una carta. Dicen que Ivana...

—Escuche, mañana a primera hora estaré en su casa y me lo cuenta todo.

—¿Mañana? Dicen que me conceden seis días de plazo, pero lo cierto es que mañana solo me quedarán cuatro.

—Deme su dirección. Voy para allá.

*

Trapus tardó menos de diez minutos en llegar al domicilio de Ivana y Susana. Tras un brevísimo saludo de cortesía, leyó la carta que le tendió la alterada mujer.

—¿Qué le parece, Marcelo?

—Pues... ¿Puedo quedarme la carta hasta mañana?

—Sí, claro. Si lo prefiere haré una fotocopia.

—De acuerdo, es lo más seguro. Deje que la estudie con calma, ahora no vamos a sacar nada en claro. A primera hora nos reuniremos aquí, si le parece.

—No hay problema —contestó ella.

—Bien, yo me encargo de llamar esta noche a esos reporteros populistas, ¿se dice así?

—Pues... ¿Amarillistas, quizá?

—Creo que es lo mismo. No me fío mucho de esa gente, solo buscan llamar la atención, pero pueden sernos útiles. Suelen contar con un sexto sentido que otros no tienen.

—¿Ni siquiera la policía? —provocó Susana.

—La policía se basa en minuciosidad, en evidencias y en trabajo. Mucho trabajo. Por eso es más efectiva. Los reporteros de investigación trabajan con corazonadas, y suelen ser menos meticulosos a la hora de contrastar. Eso sí, cuando aciertan, ellos mismos se encargan de exagerar sus logros para santificarse ante la opinión pública. Se presentan como los superhéroes de turno que velan para corregir la ineptitud policial. Bueno, mañana hablamos. ¿Estará usted bien a solas esta noche? No sé, si quiere puede venirse a mi casa.

—No se preocupe, aunque se lo agradezco —mintió Susana, a quien no le hacía ninguna gracia el ofrecimiento de Girard—. Al principio, cuando leí la carta, fui víctima de un ataque de pánico,

pero ahora estoy un poco más tranquila al compartirla con usted. Pero lo más que me asusta es la firma final. Yo... Usted... ¿qué cree?

—No está usted sola, Susana, no lo olvide. Puede telefonarme a cualquier hora si se siente angustiada —dijo Trapus, a la vez que le tendía una tarjeta de visita—. Aquí tiene todos mis números.

—No me ha respondido.

—Mañana hablaremos. Déjeme estudiar bien el contenido.

Palíndromo:

Oí, ver, prometan a Susana temor previo



¡Eh! Con esa mimase noche

—Entonces... ¿te salieron bien las pruebas? —se interesó Bruno mientras subían en el ascensor.

—Digamos que mejor de lo que pensaba. La parte de matemáticas estaba muy fácil, aunque sé que cometí varios fallos. ¿Es aquí? —preguntó, al detenerse el ascensor en el séptimo piso.

—Sí, vamos.

—¿Pagará él o tú?

—Te he dicho que es mi regalo para agasajarlo. Teóricamente yo, pero recuerda que ya he pagado dándote clases particulares.

—Lo sé, lo sé, era para ver si picabas. Pero te advierto que si el viejo me paga o me da una buena propina, no pienso rechazarla.

—Vale. Puede que lo haga para que vuelvas, es un viejo verde. Pero tú no le pidas dinero, tiene que saber que es un regalo. Ahora escóndete.

Bruno llamó al timbre y, al cabo de varios segundos, escuchó una voz que refunfuñaba a través de la puerta. Don Urbano abrió, con cara de pocos amigos, enfundado en un batín de noche como única prenda. Al ver a Bruno se sorprendió.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Ha pasado algo en el trabajo?

—Lo siento, jefe, ¿lo he despertado? —preguntó Bruno, mirando su reloj.

—Sí, hoy me había acostado más temprano que de costumbre —se disculpó, intentando esconder sus rutinas habituales, propias de los ancianos—. ¿Qué ocurre?

—Necesitaba que me hicieran un favor y, como estaba en un bar que hay cerca de aquí, me acordé de usted. Al fin y al cabo,

me debe una por mi trabajo en el caso del “emir cojo”, usted mismo lo dijo.

—¿Un favor?

—Sí. Es que... me he encontrado con una antigua compañera de clase, que está muy buena, y... El caso es que vive muy lejos, en el sur, y, para evitar que se fuera temprano, me comprometí a alojarla esta noche en mi piso. Ella aceptó, y los dos tenemos un calentón terrible —susurró.

—¿Qué pretendes? ¿Que os deje follar aquí porque no podéis esperar hasta llegar a tu piso?

—¡Ssssh! ¡Baje la voz!

—¿Está ahí fuera?

—Sí, en el rellano. El problema que tengo no es ese. Se trata de mi novia. Me ha telefoneado y me está esperando en mi casa. Se suponía que hoy pasaría la noche en casa de sus padres.

—No sabía que tuvieras novia, Bruno.

—El favor que le pido es que deje a Elena dormir con usted —mintió, porque el favor se lo estaba haciendo él.

—¿Aquí? Yo... Tengo un cuarto de invitados... ¡Está bien!

—Ya le he dicho que está muy caliente, jefe. ¡Tal vez no tenga usted que deshacer otra cama! Deje que ella decida, es muy lanzada. ¡Espere!

Mientras el corazón de don Urbano bombeaba su propia incertidumbre, Bruno se alejó hacia el hueco de la escalera. Cuando don Urbano lo volvió a ver, acompañado de aquella tetona con voluntarios gestos y miradas de zorra, la incontenible baba se le cayó con mayor aceleración que la propia gravedad.

—Le presento a Elena.

Palíndromo:

Sí, a don Urbano, tetona; Bruno, dais